



COLETTE  
**EL TRIGO  
EN CIERNES**

Lectulandia

La entrañable historia de amor ente dos adolescentes que experimentan el despertar de la sensualidad y las emociones profundas. Philippe Audebert y Vinca Ferret, los jóvenes protagonistas de *El trigo en ciernes*, simbolizan los sentimientos más puros y el placer de la vida en una naturaleza de playas doradas y cardos azulados, espléndidamente retratada.

Una de las novelas más imperecederas de Colette, la gran escritora francesa, maestra insuperable en la captación de los detalles y matices más sutiles del alma humana.

Lectulandia

Colette

# El trigo en ciernes

ePub r1.1

Titivillus 30.12.14

Título original: *Le blé en herbe*  
Colette, 1923  
Traducción: Ana Agudo  
Diseño de cubierta: Miguel Ángel Pacheco

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

—¿Vas a pescar Vinca?

Con un signo de cabeza altivo, Vinca, la de los ojos color de lluvia primaveral, respondió que, en efecto, iba a pescar. Prueba de ello eran su jersey de cuello alto zurcido y sus alpargatas reseca por la sal. Ya se sabía que su falda de cuadros azules y verdes que tenía ya tres años y que dejaba ver sus rodillas, la usaba sólo cuando iba a pescar camarones y cangrejos. Y esas dos camaroneras al hombro, esa boina de lana erizada y azulina como un cardo de las dunas, ¿constituían una panoplia de pesca, sí o no?

Dejó atrás al que la había interpelado. Bajó en dirección a las rocas dando grandes zancadas con sus piernas delgadas y bien torneadas, color de terracota. Philippe la miraba caminar y comparaba a la Vinca de este año con la Vinca de las últimas vacaciones. ¿Ha terminado ya de crecer? Ya va siendo hora de que pare. No tiene más carnes que el año pasado. Sus cabellos cortos se esparcen a modo de paja tiesa y dorada, que deja crecer desde hace cuatro meses, pero con los que aún no puede hacerse ni trenzas ni moños. Tiene las mejillas y las manos negras a fuerza de exponerlas al sol; el cuello, oculto bajo los cabellos, blanco como la leche, la sonrisa forzada y la carcajada resonante, y si bien cierra totalmente, sobre un pecho ausente, blusones y jerséis, para meterse en el agua se arremanga la falda y pantalón todo lo que puede, con la serenidad de un muchacho...

El chico que la espiaba, echado sobre una duna de largos tallos de hierba, mecía en sus brazos su barbilla hendida por un hoyuelo. Tiene dieciséis años y medio, puesto que Vinca a cumplido los quince años y medio. Toda su infancia los ha unido; la adolescencia los separa. Ya el año pasado empezaron a intercambiarse réplicas agrias y puyas socarronas; ahora, el silencio, a cada momento, cae entre ellos tan pesadamente que prefieren un enfurruñamiento al esfuerzo de la conversación. Pero Philippe, sutil, nacido para la caza y el engaño, disfraza de misterio sus mutismo y se arma de todo lo que le molesta. Esboza gestos de desencanto, gusta de repetir «¿Y para qué...? Tú no puedes comprender», mientras que Vinca sólo sabe callar, sufrir por lo que calla, por lo que quisiera aprender, y resistirse al precoz e imperioso instinto de darlo todo, al temor de que Philippe, cada vez más cambiado y visiblemente más fuerte, rompa la frágil amarra que le trae, todos los años, de julio a octubre, al bosque frondoso inclinado hacia el mar, a las rocas peludas de fucus negro. ¡Ay!, esa manía que le ha dado últimamente de mirar a su amiga con fijeza, sin verla, como si Vinca fuese transparente, fluida, desdeñable...

Quizá sea el próximo año cuando ella se rinda ante él y le diga, con palabras de mujer: «¡Phil! No seas malo conmigo... Te quiero, Phil, haz de mí lo que quieras... Háblame, Phil...». Pero este año guarda aún la dignidad brusca de los niños, resiste, y a Philippe no le gusta esa resistencia.

Phil no aparta la vista de la delgada y graciosa chica, que a esa hora bajaba hacia

el mar. Sentía las mismas ganas de acariciarla que de abofetearla; pero la quería confiada, prometida sólo a él, y disponible como esos tesoros que le hacían sonrojarse —pétalos secos, canicas de ágata, conchas y semillas, imágenes, un pequeño reloj de plata...

—¡Espérame, Vinca! ¡Voy a pescar contigo! —gritó.

Ella redujo el paso sin volverse, Él la alcanzó de unos cuantos brincos y se apoderó de una de las camaroneras.

—¿Por qué has cogido dos?

—He cogido la manga para los agujeros estrechos y mi camaronera, como de costumbre.

Él clavó en los ojos azules de Vinca su más dulce mirada oscura:

—Entonces, ¿no hay uno para mí?

Pronunció estas palabras mientras le ofrecía una mano para franquear el paso dificultoso de las rocas, y a Vinca le subió la sangre hasta sus bronceadas mejillas. Este gesto nuevo, esta mirada nueva, bastaron para confundirla. Ayer mismo se les había visto trotando por los acantilados, sondeando los agujeros codo a codo —cada uno por su cuenta y riesgo—. Tan atrevida como él, no recordaba haberle pedido nunca ayuda...

—¡Sé un poco más dulce, Vinca! —gritó sonriendo cuando ella retiró su mano con un gesto demasiado brusco—. ¿Tienes algo en contra mía?

Ella se mordió los labios, agrietados por las zambullidas cotidianas, y echó a andar por las rocas erizadas de bálanos. Iba cavilando, embargada por un sinfín de dudas. Y a él ¿qué le pasa? Se muestra conmigo atento, encantador, y acaba de ofrecerme la mano como a una dama... Vinca fue introduciendo lentamente la manga en una cavidad donde el agua marina, inmóvil, dejaba ver algas, holoturias, róbalos, rascacios —todo cabeza y aletas—, cangrejos negros con ribetes rojos y camarones... La sombra de Philippe oscureció la charca bañada por el sol.

—¡Apártate! Estás proyectando tu sombra sobre los camarones, y, además, este agujero grande es mío.

Él no insistió y Vinca siguió pescando sola, impaciente, con menos tino que de costumbre. Al lanzar la red con demasiada brusquedad se escaparon quince o veinte camarones para agazaparse en las grietas, desde donde palpan el agua con sus barbas finas y hacen burla a las redes...

—¡Phil! ¡Ven, Phil! Esto está lleno de camarones, pero no se dejan atrapar.

Él se acercó, indolente, y se inclinó sobre el pequeño abismo pululante:

—¡Claro! Es porque tú no sabes...

—¡Lo sé todo muy bien! —gritó Vinca agriamente—, sólo que no tengo paciencia.

Phil hundió la camaronera en el agua y la mantuvo inmóvil.

—En el hueco de la roca —le susurró Vinca por detrás— hay algunos hermosísimos. ¿Ves sus cuernos?

—No. Bueno, no importa. Acudirían tarde o temprano.

—¿Tú crees?

—Claro. Mira.

Ella se inclinó un poco más, y su pelo rozó, como un ala corta y prisionera, la mejilla de su compañero. Vinca retrocedió, se acercó con un movimiento insensible y luego volvió a retroceder. Él pareció no darse cuenta, pero su mano libre atrajo el brazo desnudo, moreno y salado de Vinca.

—Mira, Vinca... Por ahí viene el más hermoso...

El brazo de Vinca, que ella intentó retirar, fue deslizándose hasta la muñeca por la mano ahuecada y floja de Phil, como por un brazalete.

—No lo vas a cazar, Phil, se ha vuelto a ir...

Para seguir mejor el movimiento del camarón, Vinca rindió su brazo, hasta el codo, a la mano semicerrada de Phil. Dentro del agua verde, el largo camarón de ágata gris tentaba con el extremo de las patas, con el extremo de las barbas, el borde de la red. Un solo movimiento de muñeca, y... Pero el pescador se hacía el remolón, saboreando quizá la inmovilidad del brazo dócil a su mano, el peso de una cabeza cubierta por un velo de cabello que, vencida por un momento, se había apoyado en su hombro para, esquiva, apartarse inmediatamente después...

—¡Deprisa, Phil, deprisa, levanta la red!... ¡Oh!, se ha ido. ¿Por qué lo has dejado escapar?

Phil respiró y dirigió a su amiga una mirada en la que el orgullo, sorprendido, menospreciaba un poco su vitoria; soltó el brazo delgado, que no reclamaba en absoluto libertad, y revolviendo con la camaronera toda la charca, dijo:

—Ya volverá... Sólo hay que esperar...

## Capítulo 2

Iban nadando el uno junto al otro; él, más blanco de piel, con la cabeza oscura y redonda bajo el pelo mojado; ella, quemada como cualquier rubia y tocada por un pañuelo azul. El baño cotidiano, alegría silenciosa y completa, devolvía a su edad difícil la paz y la infancia, ambas cosas en peligro. Vinca se lanzó contra una ola y roció el aire de agua, como una pequeña foca. Su pañuelo, torcido, dejaba al desnudo las orejas rosas y delicadas, ocultas por el pelo durante el día, así como unos claros de piel blanca en las sienes, que sólo veían la luz a la hora del baño. Sonrió a Philippe y, bajo el sol limpio de las once de la mañana, el azul delicioso de sus pupilas verdecio un poco con el reflejo del mar. Su amigo se zambulló bruscamente, agarró un pie de Vinca y la arrastró bajo la ola. «Tragaron» juntos y reaparecieron escupiendo agua, y resollando y riendo como si olvidasen, ella sus quince años atormentados de amor por su compañero de infancia, y él sus dieciséis años dominadores, su desdén de muchacho guapo y sus exigencias de propietario precoz.

—¡Hasta la roca! —gritó él, haciendo un surco en el agua.

Pero Vinca no le siguió y se dirigió a la cala más próxima.

—¿Te vas ya?

Ella se arrancó el gorro como si se escalpase y sacudió su lacio pelo rubio.

—Es que viene un señor a comer. Papá ha dicho que nos arreglemos bien.

Echó a correr, totalmente mojada, grande y con aspecto de muchacho, pero fina, con largos y discretos muslos. Al oír de nuevo a Phil se detuvo.

—¿Te vas a arreglar? ¿Y yo? ¿No puedo almorzar sin corbata, entonces?

—Sí, Phil. Haz lo que quieras. Además, estás mucho mejor sin corbata.

La cara mojada y bronceada, los ojos de la Pervinca expresaron a la vez la angustia, la súplica y un ardiente deseo de aprobación. Él se calló, fanfarronamente, y Vinca subió el prado de mar florido de escabiosas.

Ya solo, Phil refunfuñó y golpeó el agua. Le importaban muy poco las preferencias de Vinca. «Siempre estoy muy guapo para ella... Además, este año no la veo nunca contenta».

La aparente contradicción de estos dos pensamientos le hizo sonreír. Se arrojó de nuevo contra una ola, dejando que el agua salada llenase sus oídos de un silencio atronador. Una pequeña nube cubría el sol en lo alto; Phil abrió los ojos y vio pasar por encima de él los vientres sombreados, los grandes picos afilados y las patas oscuras, replegadas en pleno vuelo, de una pareja de chorlitos.

«Qué idea tan ridícula —se dijo Philippe—. ¿Qué bicho le habrá picado?... Parece un mono vestido. Parece una mulata acercándose a comulgar...».

Al lado de Vinca, su hermana pequeña, muy parecida a ella, abría unos ojos azules en medio de una redonda cara tostada, bajo un pelo rubio como bálago, y tenía



apoyados en el mantel, junto al plato, sus puños cerrados de niña educada. Tanto la mayor como la pequeña llevaban vestidos blancos iguales, planchados y almidonados, de organdí con volantes.

«Un domingo en Tahití —bromeó Philippe para sus adentros—. Nunca la he visto tan fea».

La madre de Vinca, el padre de Vinca, la tía de Vinca, Phil y sus padres, y el parisino de paso formaban en la mesa un cuadro variopinto de jerséis de cuello alto verdes, de *blazers* a rayas, de chaquetas de tursor. La villa, alquilada todos los años por las dos familias amigas, olía esa mañana a bollos calientes y a encausto. El hombre entrecano, venido de París, representaba, entre esos bañistas abigarrados y niños renegridos, al forastero delicado, pálido y bien vestido.

—¡Qué cambiada estás, Vinca! —dijo a la jovencita.

—Si lo sabré yo —masculló Phil con tono arisco.

El invitado se inclinó hacia la madre de Vinca para confesarle en voz baja:

—Cada vez está más encantadora. Encantadora. Dentro de dos años... ya verá usted.

Vinca lo oyó y lanzó una mirada femenina al forastero y sonrió. Su boca púrpura entreabierta reveló una lámina de dientes blancos; sus pupilas, azules como la flor de su nombre, se velaron de pestañas rubias, y el propio Philippe quedó encandilado. «¡Eh!... ¡Qué cambiada está!...».

En el vestíbulo tapizado de tela, Vinca, muy tiesa, sirvió el café de manera impecable, con una especie de gracia acrobática. Una bocanada de aire acudió la mesa, bastante frágil; Vinca recogió con el pie una silla volcada y con la barbilla un mantelillo de encaje que estaba a punto de salir volando, al mismo tiempo que llenaba una taza de café.

—¡Mírenla! —dijo extasiado el forastero.

Éste la trató de «tanagra», la obligó a tomar un sorbo de «chartreuse», le preguntó los nombres de los enamorados a los que daba calabazas en el casino de Cancale...

—¡En el casino de Cancale! Pero si no hay casino en Cancale.

Ella se reía, mostrando el semicírculo sólido de todos sus dientes, y giraba como una bailarina sobre la punta de sus zapatos blancos. Se puso pícara y coqueta; y no dirigió ni una sola mirada a Philippe, quien, oculto detrás del piano y el gran ramo de cardos plantado en un cubo de cobre, la contemplaba.

«Me había engañado a mí mismo —se confesó—. Está muy guapa. Siempre se aprende algo».

Como, al sonar el fonógrafo, el invitado propusiera a Vinca enseñarle el *balancello*, Philippe se escabulló, corrió hacia la playa y cayó hecho una pelota en un hoyo de duna, donde permaneció con la cabeza sobre los brazos y los brazos sobre las rodillas. La imagen de una Vinca nueva, llena de insolencia voluptuosa, siguió viva bajo sus párpados cerrados, una Vinca coqueta, segura de sí, dotada de pronto de una carne redonda, una Vinca Asombrosamente aviesa y rebelde.

—¡Phil, Phil! Estaba buscándote... ¿Qué te pasa?

La seductora llegó jadeante hasta él y empezó a tirarle ingenuamente del pelo para obligarle a levantar la frente.

—No me pasa nada —contestó él con voz ronca.

Abrió los ojos con temor. Arrodillada en la arena, Vinca estaba arrugando sus diez volantes de organdí y empezó a arrastrarse como una comanche.

—Phil, por favor, no te enfades... Tú tienes algo contra mí... Phil, sabes perfectamente que te quiero, más que a nadie. Háblame, Phil.

Él buscó en ella el esplendor efímero que lo había irritado. Pero no encontró más que una Vinca consternada, una adolescente afectada, demasiado pronto, por la humildad, las torpezas y la triste obstinación del verdadero amor... Apartó bruscamente la mano que ella le estaba besando:

—¡Déjame! ¡No comprendes, tú nunca comprendes nada!... ¡Levántate, venga!

Philippe alisó el arrugado vestido, le ató la cinta al talle y atusó sus lacios cabellos levantados por el viento, pretendiendo de este modo remodelar en ella la forma del pequeño ídolo vislumbrado...

## Capítulo 3

—Así que nos queda un mes y medio de vacaciones solamente...

—Un mes —dijo Vinca—. Ya sabes que debo estar el veinte de septiembre en París.

—¿Por qué? Tu padre está libre todos los años hasta el primero de octubre.

—Sí, pero mamá y yo, y Lisette, estaremos ocupadísimas, del veinte de septiembre al cuatro de octubre, con todas las cosas que hay que preparar para el otoño: un vestido para ir al colegio, un abrigo, un sombrero para mí, y otro tanto para Lisette... ¿Qué quieres que te diga? Nosotras, las mujeres, en fin...

Phil, tumbado boca arriba, lanzó al aire dos puñados de arena.

—¡Qué barbaridad! «Vosotras, las mujeres...». ¡Mira que armáis jaleo con todo eso...!

—¡Claro! ¡Qué bien!... Como tú te lo encuentras todo preparado encima de la cama... Tú sólo te preocupas de tus zapatos y porque los compras en una tienda donde tu padre te prohíbe ir; pero lo demás, te lo dan todo hecho. Es muy cómodo para vosotros, los hombres...

Phil abandonó su postura y se sentó dispuesto a responder a la ironía. Pero Vinca no se burlaba. Estaba bordando un festón rosa en un vestido de crespón del mismo azul que sus ojos. Su pelo rubio, cortado a lo Juana de Arco, crecía lentamente. Se lo recogía a veces sobre la nuca y se hacía con cintas azules dos cortas escobillas de color trigo. Había perdido una de las cintas después del almuerzo, y la mitad de su cabellera iba rozando, a modo de cortina corrida, la mitad del rostro.

Philippe frunció las cejas:

—¡Vaya, Vinca, qué mal peinada estás!

Le subieron los colores a su bronceado rostro veraniego y dirigió a Phil una humilde mirada mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja:

—Ya lo sé... Iré mal peinada hasta que no me crezca el pelo. Me hago este peinado mientras...

—Bueno, pero a ti te da igual esa fealdad temporal... —dijo él duramente.

—Te juro que no, Phil...

Desarmado ante tanta dulzura, Phil se calló, y Vinca levanto hacia él unos ojos extrañados, pues no esperaba tanta mansedumbre. Él mismo creyó que se trataba de una tregua pasajera de susceptibilidades y se preparó para los reproches y los sarcasmos infantiles, para lo que él llamaba «el humor lebrero» de su joven compañera. Pero ella sonrió melancólicamente, con una sonrisa que vagaba de la mar en calma al cielo, donde el viento alto dibujaba helechos de nubes.

—Al contrario, tengo muchas ganas de estar guapa, te lo aseguro. Mamá dice que será así, pero que es preciso tener paciencia. —Sus quince años fieros y torpes, acostumbrados a correr, salados, endurecidos, flacos y sólidos, a menudo la convertían en una varilla cimbreante y quebradiza; pero sus ojos, de un azul

incomparable, su boca sencilla y sana eran obras acabadas de la gracia femenina.

—Paciencia, paciencia...

Phil se levantó; escarbó con la punta de la alpargata en la duna seca, perlada de caracolillos vacíos. Esta palabra aborrecida acababa de envenenar su siesta feliz de estudiante en vacaciones, cuyos dieciséis años gustaban de la ociosidad y la languidez inmóvil, pero al que exasperaba la idea de la espera, de la evolución pasiva. Extendió los puños, hinchó el pecho semidesnudo y desafió al horizonte:

—¡Paciencia! ¡Es lo único que sabéis decir todos: tú, mi padre, mis «profes»...! ¡Qué tostón!...

Vinca dejó de coser para admirar a su armonioso compañero, a quien la adolescencia no había deformado. Moreno, con la piel blanca y de estatura media, iba creciendo lentamente y, desde los catorce años, parecía un hombrecito bien hecho, un poco más alto cada año.

—¿Y qué hacer si no, Phil? No hay otro remedio. Tú crees que con extender los brazos y soltar un juramento algo va a cambiar. No vas a ser más listo que los demás. Empezarás el curso de bachillerato y, si tienes suerte aprobarás...

—¡Cállate! —gritó—. ¡Hablas como mi madre!

—Y tú como un niño. ¿Qué crees que vas a ganar siendo impaciente, jovencito?

Los ojos negros de Philippe la odiaron por haberlo llamado «jovencito».

—¡No creo nada! —contestó él trágicamente—. ¡Sobre todo, no creo que tú puedas comprenderme! Ahí estás, con tu festón rosa, tu nuevo año escolar, tu pequeña rutina... A mí, sólo me obsesiona la idea de que no tengo más que dieciséis años...

Los ojos de la Pervinca, centelleantes de lágrimas de humillación, consiguieron esbozar una sonrisa:

—¡Ah! ¿Sí? Te crees el rey del mundo porque tienes dieciséis años, ¿no? ¿Es el cine el que te ha metido todo eso en la cabeza?

Phil la cogió por el hombro y la sacudió con autoridad.

—¡Te digo que te calles! No abres la boca más que para decir tonterías... Me revienta, ¿te enteras?, me revienta la idea de que sólo tengo dieciséis años. Los años que me esperan, esos de bachillerato, de exámenes, de escuela técnica, esos años de tanteos, de balbuceos, en los que hay que volver a empezar lo que se ha hecho mal, en los que hay que masticar otra vez lo que no se ha digerido; si te suspenden... Esos años en los que hay que aparentar ante mamá y papá que nos gusta una carrera para tenerlos contentos y sentir cómo ellos mismos hacen lo imposible por parecer infalibles, cuando en realidad no saben más de ellos que yo de mí mismo... ¡Ay! ¡Vinca, no sabes cómo detestó este momento de mi vida! ¿Por qué no tendré ya veinticinco años?

Phil irradiaba intolerancia y una especie de desesperación tradicional. La prisa por hacerse mayor y el menosprecio por la época en que florece el cuerpo y el alma tornaban en héroe romántico al hijo de un pequeño industrial parisino. Cayó a los pies

de Vinca y continuó lamentándose:

—¡Tantos años todavía, Vinca, durante los cuales no seré más que medio hombre, medio libre y medio enamorado!

Ella posó su mano en el pelo negro que revoloteaba al viento, al nivel de sus rodillas, y se calló todo lo que su sabiduría de mujer le dictaba en ese momento. «¿Medio enamorado? Entonces, ¿se puede estar sólo medio enamorado?...».

Phil se volvió violentamente hacia su amiga.

—Y tú, que aceptas todo eso, ¿qué piensas hacer?

Bajo la negra mirada de Phil, ella volvió a parecer pequeña e incierta:

—Pues, lo mismo, Phil... No tengo que preparar la reválida este año.

—Y ¿qué vas a ser? ¿Te has decidido ya, por fin entre el diseño industrial y farmacia?

—Mamá dice...

Phil empezó a dar coces de cólera como un potro, sin levantarse:

—«¡Mamá dice...!». ¡Oh! ¡Qué alma de esclava! ¡A ver! ¿Qué es lo que dice «tu mamá»?

—Dice —repitió Vinca dócilmente— que como ella padece reumatismo y Lisette no tiene más que ocho años, no tengo necesidad de ir muy lejos a buscar una ocupación, pues ya hay bastante que hacer en casa; que pronto llevaré las cuentas y me encargaré de la educación de Lisette, del servicio doméstico, en fin, de todas esas cosas...

—¡Todas esas cosas no son absolutamente nada!

—... Que me casaré...

Vinca enrojeció, retiró su mano de los cabellos de Phil y pareció esperar una palabra, que él no pronunció.

—... En fin que, hasta que me case, tengo de qué ocuparme...

Philippe se volvió y la miró de arriba a abajo con desdén.

—¿Y eso te bastará? ¿Eso te basta para, qué sé yo, los próximos cinco, seis años, o tal vez más?

Los ojos azules vacilaron un momento, pero en seguida volvieron a mirar fijamente a Philippe.

—Sí, Phil, hasta que llegue el día... Como no tenemos más que quince y dieciséis años... Como estamos obligados a esperar...

Encajo la palabra aborrecida como una bofetada y se sintió débil. Una vez más la simplicidad de su joven compañera y la sumisión que ésta se atrevía a confesar, esa manera femenina de reverenciar los lares entrañables, le dejaron sin habla, decepcionado, pero vagamente sosegado. ¿Hubiese preferido una Vinca exuberante, dispuesta siempre a la aventura, piafando como una yegua joven ante el largo y duro paso de la adolescencia?...

Apoyó la cabeza contra el vestido de su amiga de infancia. Las rodillas finas se estremecieron y se juntaron, y Philippe, en un arrebato repentino, se ensimismó

pensando la forma encantadora de estas rodillas. Cerró los ojos, abandonó confiado el peso de su cabeza y permaneció allí, esperando...

## Capítulo 4

Phil fue el primero en llegar al camino —dos grandes surcos de arena seca, móvil como una onda y un talud mediano de hierba escasa y comida por la sal— por el que las carretas van a buscar el fuco después de las mareas vivas. Iba apoyándose en los palos de las dos camaroneras y llevaba en bandolera los dos cestos de camarones; había dejado a Vinca las dos delgadas gafas con cebo de pescado crudo y su *blazer* de pesca, pingajo valioso con las mangas amputadas. Se concedió un descanso bien ganado y esperó a su joven y fanática compañera, a la cual había dejado en el desierto de rocas, charcas y algas formado por la marea viva de agosto. La buscó con la vista antes de tumbarse en el lecho cóncavo del camino. En la parte baja de la playa en declive, entre los fuegos de cien espejillos de agua donde se reflejaba el sol, una boina de lana azul, descolorida como un cargo de las dunas, señalaba el lugar en el que Vinca, obstinada, seguía buscando camarones y paguros rosáceos.

—Si eso la divierte... —exhaló Philippe.

Se dejó caer, y su torso desnudo recibió la deliciosa caricia de la arena fresca del camino. En los cestos colocados cerca de su cabeza oyó el cuchicheo húmedo de un puñado de camarones y los arañazos inteligentes de un cangrejo grande contra la tapa...

Phil suspiró, embargado por una felicidad vaga pero certera a la que contribuían, en igual medida, un agradable cansancio, así como la vibración de sus músculos, todavía tensos por la escalada, el color y el calor de una tarde bretona cargada de vapor salino. Se incorporó; sus ojos estaban deslumbrados por el cielo lechoso que acababa de contemplar. Miró con sorpresa el bronce nuevo de sus piernas y brazos —brazos y piernas de dieciséis años, delgados pero bien conformados, en los que aún no había emergido el músculo seco, y que podían enorgullecer tanto a una muchacha como a un muchacho. Se limpió con la mano un tobillo que sangraba, desollado, y lamió la mezcla salada de sangre y agua marina.

La brisa, que soplaba del interior, traía olor a renadío segado, a establo y a menta prensada; sobre la superficie marina, un rosa polvoriento iba desplazando poco a poco al azul inmutable que reinaba desde la mañana. Phil no supo decirse a sí mismo: «Hay pocas horas en la vida en las que el cuerpo contento, los ojos gratificados y el corazón ligero, resonante, casi vacío, reciben en un momento todo lo que son capaces de contener, y yo me acordaré de ésta»; sin embargo, bastó una esquila rajada y el balido del cabritillo que la llevaba al cuello para que las comisuras de su boca se estremeciesen de angustia y el placer inundasen sus ojos de lágrimas. No se volvió hacia las rocas mojadas por las que vagaba su amiga, y de su emoción pura brotó el nombre de Vinca: a un joven de dieciséis años, repentinamente presa de un raptó delicioso, no le está permitido pedir ayuda a otra joven que tal vez se halla en su misma situación.

—¡Eh! ¡Pequeño!

La voz que lo trajo a la realidad era joven, autoritaria. Phil se volvió sin levantarse hacia una señora vestida totalmente de blanco, que, a unos diez pasos de él, hundía sus altos tacones blancos y su bastón en el camino del fuco.

—Dime, pequeño, no puedo seguir con mi automóvil por este camino, ¿verdad?

Por educación, Philippe se levantó, se aproximó, y sólo se sonrojó una vez de pie, al sentir sobre su torso el viento fresco y la mirada de la dama de blanco, la cual sonrió y cambió de tono.

—Perdón, caballero... estoy segura de que mi chófer se ha confundido. Y eso que se lo había advertido. Esta carretera acaba en un sendero que sólo lleva al mar, ¿verdad?

—Sí, señora. Es el camino del fuco.

—¿De El fuco? ¿Y a qué distancia se encuentra El Fuco?

Phil no pudo contener una fuerte risotada, que la dama de blanco imitó complacientemente:

—¿He dicho algo gracioso? Tenga cuidado o de lo contrario le voy a tutear: parece un chico de doce años cuando se ríe.

Pero le miraba a los ojos, como a un hombre.

—Señora, el fuco, no el camino de El Fuco, es... el fuco...

—Excelente explicación —aprobó la dama de blanco—, por la que le estoy muy agradecida.

Bromeaba de manera viril, condescendiente, perfectamente a tono con su mirada tranquila; Philippe se sintió de pronto fatigado, decaído y débil, paralizado por una de esas crisis de femineidad en las que suelen caer los adolescentes delante de una mujer.

—¿Se le ha dado bien la pesca, caballero?

—No, señora, no muy bien... Es decir... Vinca ha cogido más camarones que yo...

—¿Quién es Vinca? ¿Su hermana?

—No, señora, es una amiga.

—¿Vinca... es un nombre extranjero?

—No... Es decir... Significa Pervinca.

—¿Es una amiga de su edad?

—Tiene quince años y yo dieciséis.

—Dieciséis años... —repitió la dama blanca.

No hizo ningún comentario, y un momento después añadió:

—Tiene usted arena en la mejilla.

Philippe se restregó la mejilla con tanto brío que casi se arrancó la piel; después dejó caer el brazo. «Ya no noto mis brazos —pensó—. Creo que va a pasar algo...».

La dama blanca apartó de Philippe su mirada reposada y sonrió.

—Allí tiene a Vinca —dijo, señalando con la mano la curva del camino por la que acababa de aparecer la joven, halando una red con bastidor de madera y la chaqueta



de Philippe—. Hasta luego, señor...

—Phil —dijo él maquinalmente.

Ella no le alargó la mano; se despidió con una señal de cabeza que repitió dos o tres veces, como una mujer que responde «sí, sí» a un pensamiento oculto. Aún no había desaparecido cuando llegó Vinca.

—Phil, ¿puedo saber quién era esa señora?

Con un movimiento de hombros acompañado de un gesto de la cara, Phil le dio a entender que no sabía nada.

—¿No la conoces y hablas con ella?

Phil miró de hito en hito a su amiga con una malicia que renacía en él y sacudía un yugo pasajero. Se deleitaba pensando en la edad de ambos, en su amistad presentemente turbada, en su propio despotismo y la devoción huraña de Vinca. Ésta, rutilante, mostraba unas rodillas lastimadas a lo San Sebastián, perfectas bajo la epidermis llena de cicatrices, y unas manos a la vez de ayudante de jardinero y de grumete; un pañuelo verdoso le servía de corbata, y su blusón olía a mejillón crudo. La vieja boina peluda ya no competía con el azul de sus ojos, y si no se tenían en cuenta estos ojos ansiosos, celosos y elocuentes, parecía una colegiala ataviada para una fiesta de disfraces. Phil se echó a reír, y Vinca se puso a patalear, al tiempo que le lanzaba su *blazer* a la cara:

—¡Venga, contéstame!

Él pasó indolentemente sus brazos desnudos por las mangas vacías del chaquetón.

—¡So tonta! Es una señora que ha llegado con su coche y que se ha confundido de carretera. Un poco más, y el coche se atasca aquí. Yo le he indicado lo que tenía que hacer.

—Ah...

Vinca se sentó y se puso a vaciar sus alpargatas de arenilla mojada.

—¿Y por qué se ha marchado tan deprisa, justo cuando yo llegaba?

Philippe aguardó un momento antes de responder. Saboreó de nuevo, en secreto, la majestad sin gestos y la mirada firme de la desconocida, y su sonrisa meditativa. Recordó que lo había llamado «caballero» gravemente. También recordó que había dicho «Vinca» con rapidez, de una manera demasiado familiar y un poco ofensiva. Frunció las cejas, y su mirada protegió el inocente desorden de su amiga. Estuvo un instante pensativo y encontró una respuesta ambigua, que satisfacía a su vez su afición por secretos novelescos de su pudibundez de joven burgués:

—Ha hecho bien —contestó.

## Capítulo 5

Phil intentó suplicarle:

—¡Vinca, mírame! Dame la mano... ¡Venga, vamos a pensar en otra cosa!

Ella se volvió hacia la ventana y retiró suavemente la mano:

—Déjame. Estoy desanimada.

La marea viva de agosto, que traía lluvia, había alcanzado el nivel de la ventana. La tierra terminaba allí, en el límite del prado arenoso. Un poco más de viento que hubiese arrastrado consigo el campo gris labrado de espumas paralelas, y, probablemente, la casa habría salido nadando como el arca de Noé... Pero Phil y Vinca conocían las mareas de agosto, con sus truenos monótonos, y las mareas de septiembre, con sus desbocados caballos blancos. Sabían que el borde de esa pradera era infranqueable; desde muy niños habían visto, año tras año, como las madejas jabonosas danzaban, impotentes, en la linde carcomida del imperio de los hombres.

Phil abrió la puerta de cristal, la cerró con dificultad, hizo frente al viento y se dejó empapar por la lluvia fina, aventada por la tempestad, esa suave lluvia marina un poco salobre que viajaba por el aire como el humo. Recogió en la terraza, los bolos claveteados de acero y los boliches de boj, que habían dejado tirados por la mañana, los tamboriles y las pelotas de goma. Guardó en la cochera todos estos juguetes, que ya no le divertían, como se guardan las prendas de un disfraz que debe servir para mucho tiempo. Detrás de la ventana le seguían los ojos de la Pervinca y parecía que las gotas que bajaba por el cristal fluían de aquellos ojos ansiosos, de un azul que no dependía ni del estaño jaspeado del cielo ni del plomo verdoso del mar.

Phil plegó los sillones de madera y dio la vuelta a la mesa de rota. No sonrió a su amiga al pasar junto a ella. Desde hacía tiempo, no tenían ya necesidad de sonreírse para gustarse; además, hoy no era un día precisamente alegre.

«Ya quedan pocos días, sólo tres semanas», se dijo Phil. Limpió la arena de sus manos en un macizo de serpol mojado, repleto de flores y avispones sorprendidos por la lluvia que esperaban, entumecidos, los próximos rayos. Respiró en las palmas de sus manos el fresco y casto perfume, y resistió a una tentación de debilidad y dulzura, a una tristeza de niño de diez años. Miró en el cristal, entre las largas lágrimas de la lluvia y las corolas volubles de los alcoholes deshechos, el rostro de Vinca, ese rostro de mujer que sólo le mostraba a él, y que ocultaba a los demás detrás de sus quince años de jovencita razonable y alegre.

Un claro contuvo el chaparrón en la nube y abrió en el horizonte una llaga luminosa, por donde apareció, invertido, un abanico de rayos, de un blanco triste. El alma de Philippe fue presa de un arrobamiento momentáneo, en busca del bienestar, del sosiego que sus dieciséis años atormentados reivindicaban ingenuamente. Aunque se hallaba mirando al mar, notaba detrás de él la ventana cerrada y a Vinca apoyada en el cristal.

«Ya quedan pocos días —se repitió—, y luego nos separaremos. ¿Qué puedo

hacer?».

No recordó siquiera que, el año anterior, el final de las vacaciones había hecho de él un joven desgraciado, que después se fue calmando con la vuelta a París y al instituto, y que acabó conformándose con las visitas dominicales a Vinca. El año anterior Philippe tenía quince años; cada aniversario relegaba a un pasado turbio y miserable todo lo que no es Vinca y él. ¿La amo tanto? No encontró otra respuesta que la palabra amor, y se retiró con rabia el pelo de la frente.

«Puede ser que no la ame todo lo que imagino, pero es mía y no hay más que hablar». Regresó a la casa y gritó:

—¡Vinca! ¡Ven! ¡Ya no llueve!

Ella abrió la puerta y permaneció inmóvil en el umbral, como una enfermera, apoyando una oreja en el hombro con un gesto temeroso.

—¡Venga, vamos! La marea está bajando y la lluvia se va a ir con ella.

Vinca se sujetó el pelo con un pañuelo blanco atado en la nuca; parecía un herido.

—Ven hasta Nez al menos; debajo de las rocas está seco.

Ella le siguió sin decir nada por el sendero de la aduana, en cornisa al lado del acantilado. Iban aplastando el orégano picante y los últimos perfumes del meliloto. Por debajo de ellos, el mar se hacía mil pedazos, golpeaba y lamía untuosamente las rocas. Su fuerza era tal que lanzaba hacia lo alto del acantilado unas bocanadas tibias que traían olor a mejillones y el aroma terrestre de las pequeñas brechas, en las que el viento y las aves depositan sus semillas.

Llegaron a su guarida, seca y bien protegida por una proa de rocas, zona sin reborde desde donde se tenía la sensación de navegar hacia alta mar. Philippe se sentó junto a Vinca, que apoyó la cabeza en su hombro. Parecía agotada y cerró pronto los ojos. Sus mejillas morenas, rosas y redondas, salpicadas de granos de arena bermejos y aterciopeladas por una leve pelusilla de suavidad vegetal, habían palidecido desde la mañana, al igual que su boca fresca, permanentemente entreabierta como un fruto picado por el ardor del día.

Después del almuerzo, en lugar de oponer a los lamentos de su «enamorado de infancia» su sentido común habitual de pequeña burguesa inteligente, testaruda y dulce, había roto en lágrimas, en confesiones desesperadas, en amargas lamentaciones maldiciendo la juventud de ambos, el futuro inmóvil, la escapatoria imposible, la resignación inaceptable... Había gritado «¡Te quiero!» como se grita «¡Adiós!» y: «¡No puedo separarme de ti!», con los ojos llenos de horror. El amor, crecido antes que ellos, había hechizado su infancia y preservado su adolescencia de las amistades equívocas. Philippe, menos ignorante que Daphnis, respetaba y amonestaba a Vinca como si fuera hermano suyo, pero la mimaba como si, a la manera oriental, los hubiesen prometido a ambos desde la cuna...

Vinca suspiró y abrió los ojos sin levantar la cabeza:

—¿No estás cansado de mí, Phil? —preguntó.

Él dijo que no con la cabeza y admiró —tan cerca de los suyos— esos ojos

azules, cuyo azul, cada vez más dulce a su alma, palpitaba entre unas pestañas rubias.

—¿Ves? —dijo él—, ya se está alejando la borrasca. Habrá marejada hasta las cuatro de la mañana. Pero ahora hay claros, y esta noche será muy bonita la salida de la luna llena...

Como por instinto hablaba de calma, de paz, conducía a Vinca hacia imágenes serenas. Pero ella no respondió nada.

—¿Vas a venir mañana a jugar al tenis con los Jallon?

Vinca contestó que no con la cabeza, con los ojos entornados y un furor repentino, como si hubiera resuelto no volver a beberlo, a comerlo, a vivirlo...

—¡Vinca! —suplicó Phil severamente—. Es preciso. Tenemos que ir.

Ella entreabrió la boca y paseó por el mar una mirada de condenada:

—Bueno, entonces iremos —repitió—. ¿Por qué no ir? ¿Y por qué ir? No va a cambiar nada por eso.

Ambos pensaron en el jardín de los Jallon, en el tenis, en la merienda. Pensaron, como amantes puros y enloquecidos, en los juegos que los convertirían al día siguiente en niños risueños, y se sintieron extenuados.

«Unos días más —se dijo Philippe—, y nos separaremos. Ya no nos despertaremos bajo el mismo techo; sólo veré a Vinca los domingos en casa de su padre, en la del mío o en el cine. Y tengo dieciséis años. Dieciséis y cinco, veintiuno. Cientos y cientos de días... Unos meses de vacaciones, sí, pero cuando se acaban es horroroso... Y, sin embargo, ella es mía... Es mía...».

Notó en ese momento que Vinca estaba deslizándose hacia abajo. Con un movimiento suave, insensible, voluntario, se dejaba caer, con los ojos cerrados, por la pendiente de la meseta de rocas, tan angosta que los pies de Vinca se asomaban ya al vacío... Él se dio cuenta, pero no tembló: consideró la oportunidad de lo que tentaba a su amiga y la agarró fuertemente por la cintura, para que no se le escapara. Sintió, en toda su viva realidad, la elasticidad y la vigorosa perfección de ese cuerpo de muchacha dispuesta a obedecerle en la vida, dispuesta a arrastrarle hacia la muerte...

«¿Morir? ¿Para qué?... Todavía no. ¿Irse al otro mundo sin haber poseído verdaderamente todo esto, destinado para mí?».

Sobre esa peña inclinada pensó en la posesión, como puede pensar un adolescente tímido, pero también como un hombre exigente, como un heredero obstinado en gozar de los bienes que le destinan el tiempo y las leyes humanas. Fue la primera vez que tomó él solo una decisión sobre la futura convivencia de ambos, dueño de abandonarla al oleaje o de sujetarla en el saliente del peñón, como la semilla testaruda que, alimentada con poco, allí florecía...

Philippe, intensificando la presión sobre la cintura de su amiga, izó su gracioso cuerpo, que se había vuelto pesado, y le dijo con tono resuelto:

—¡Vinca, vamos!

Ella se le quedó mirando: lo vio erguido, más alto que ella, decidido, impaciente, y comprendió que la hora de morir había pasado. Con un arrebato indignado,

descubrió los rayos del sol poniente en los ojos negros de Philippe, su pelo negro desordenado, su boca y la sombra, en forma de alas, que una pelusilla viril dibujaba sobre sus labios, y gritó:

—¡No me quieres lo suficiente Phil, no me quieres lo suficiente!

Él quiso hablar, pero se calló, pues no tenía ninguna noble declaración que hacerle. Se ruborizó y bajo la cabeza, culpable —mientras ella se deslizaba hacia el lugar donde el amor ya no atormenta, antes de tiempo, a sus víctimas— de haber tratado a su amiga como un pecio precioso y sellado del que sólo interesa el secreto, y de haberla alejado de la muerte.

## Capítulo 6

El olor del otoño, desde hacía algunos días, llegaba por la mañana hasta el mar.

Desde el alba hasta la hora en que la tierra, caliente, permite que el soplo fresco del mar rechace el aroma, menos denso, de los surcos abiertos, el trigo trillado y los abonos humeantes, esas mañanas de agosto olían a otoño. Un rocío tenaz centelleaba al pie de los setos, y, si Vinca recogía a mediodía alguna hoja madura y caída antes de tiempo, el envés blanco de la hoja todavía verde estaba húmedo y adiamantado. Del suelo brotaban champiñones húmedos y las arañas de los jardines, a causa de las noches más frescas, se introducían al atardecer en el desván de los juguetes y buscaban prudentemente el techo.

Pero el mediodía escapaba a las redes de la bruma de otoño, a las telarañas extendidas entre los zarzales repletos de moras, y la estación parecía retroceder hacia julio. En lo alto del cielo, el sol bebía el rocío, pudría los champiñones recién nacidos, acribillaba de avispas la viña, ya muy vieja, y sus canijos racimos; Vinca y Lisette se quitaban, al unísono, el ligero *spencer* de punto que protegía la parte alta de los brazos y sus cuellos desnudos, más morenos en contraste con los vestidos blancos. Se sucedieron así una serie de días inmóviles, sin viento, sin nubes, salvo algunos «latiguillos» lechosos y lentos que aparecían hacia el mediodía y se iban desvaneciendo paulatinamente: unos días tan divinamente semejantes entre sí que Vinca y Philippe, sosegados, podían creer que el año se había detenido en su más dulce momento, suavemente paralizado por un mes de agosto que no acabaría nunca.

Vencidos por la felicidad física, pensaron menos en la separación de septiembre y se olvidaron de su humor dramático de adolescentes ya envejecidos, con quince y dieciséis años, por el amor prematuro, el secreto, el silencio y la amargura periódica de las separaciones.

Algunos vecinos jóvenes, sus compañeros de tenis y pesca, dejaron el mar por la Turena; se cerraron las villas más próximas; Philippe y Vinca quedaron solos en la costa, en una gran casa, cuyo vestíbulo de madera barnizada olía a barco. Disfrutaron de una soledad perfecta, en medio de unos familiares con los que se rozaban continuamente, pero a los que apenas veían. Vinca, ocupada de Philippe, cumplía, sin embargo, con todas sus obligaciones: recogía en el jardín viburnos y afelpadas clemátides, para adornar la mesa; en el huerto, las primeras peras y las últimas grosellas; era ella quien servía el café, ofrecía fuego a los fumadores —a su padre y al padre de Philippe—, cortaba y cosía los vestidos para Lisette, y vivía, entre estos parientes-fantasmas a los que distinguía mal y oía poco, una vida extraña; padecía las agradables semisordera y semiceguera de un principio de mareo. Su pequeña hermana Lisette estaba todavía al margen de la suerte común y brillaba con colores limpios y verídicos. Por otra parte, Lisette se parecía a la Pervinca como un champiñón pequeño se parece a otro mayor.

—Si yo muriese —solía decir Vinca a Philippe—, siempre tendrías a Lisette.

Pero Philippe se encogía de hombros y no se reía, pues los amantes de dieciséis años no admiten ni el cambio, ni la enfermedad, ni la infidelidad, y sólo dejan sitio para la muerte en sus planes si la ven como una recompensa o la explotan como un desenlace de fortuna, porque no han encontrado otra cosa.

En una de las mañanas más bonitas de agosto, Phil y Vinca decidieron abandonar la mesa familiar y llevar en unas cestas la comida y los bañadores, y también a Lisette. En años anteriores habían almorzado solos, como exploradores, en las cavidades de los acantilados; placer ahora desgastado y malogrado por la inquietud y el escrúpulo. Pero esta preciosa mañana rejuvenecía también a estos dos adolescentes extraviados que se volvían a veces, apesadumbrados, hacia la puerta invisible por la que habían abandonado la infancia. Philippe iba delante, por el camino de la aduana, con las camaroneras para la pesca de la tarde y la red, en la que tintineaban el litro de sidra espumosa y la botella de agua mineral. Lisette, con un jersey de cuello alto y bañador, llevaba el pan, caliente, atado en una servilleta, y Vinca cerraba la marcha, vestida con un suéter azul y pantalones blancos, cargada de cestas como un burro de África. En los recodos accidentados, Philippe gritaba sin volverse:

—¡Espera, voy a cogerte alguna cesta!

—¡Bah, no importa! —respondía Vinca.

E incluso encontraba la forma de guiar a Lisette cuando los helechos altos sumergían su cabecilla poblada de lacios cabellos rubios.

Eligieron su caleta, una falla entre dos peñascos, a la que las mareas habían llenado de arena fina, y que se ensanchaba en cuerno de la abundancia hasta el mar. Lisette se quitó las sandalias y se puso a jugar con unas conchas vacías. Vinca se bajó rozando sus muslos morenos, el pantalón blanco, e hizo un hoyo en la arena húmeda bajo una roca para poner al fresco las botellas.

—¿Quieres que te ayude? —propuso Philippe sin mucho entusiasmo.

Ella no se dignó a responder y le miró mientras se reía en silencio. El raro azul de sus ojos, sus mejillas vivamente coloreadas —como los griñones en espaldera— y la doble lámina curva de sus dientes brillaron un momento con una intensidad tal que Philippe se sintió como herido. Ella se volvió, y él la pudo ver tranquilamente ir, venir, bajar con agilidad, libre y desvestida como un muchacho.

—¡Bah, ya sabemos que tú no has traído más que tu boca para comer! —exclamó Vinca—. ¡Ah! ¡Estos hombres!

El «hombre» de dieciséis años aceptó la broma y el homenaje. Llamó con autoridad a Lisette cuando la mesa estuvo puesta, comió los bocadillos que le preparaba su amiga, bebió sidra, restregó en la sal la lechuga y los quesito de gruyere y se lamió los dedos tras comerse unas peras de agua. Vinca cuidaba de todo como un joven copero con la frente ceñida por una cinta azul. Quitaba la raspa de las sardinas de Lisette, dosificaba la bebida, pelaba la fruta y luego se daba prisa en comer, dando grandes mordiscos con sus dientes bien formados. Las aguas de menguante murmuraban suavemente a unos pocos metros; una trilladora zumbaba arriba; en la

cuesta, y la roca, barbuda de hierba y de florecillas amarillas, destilaba cerca de ellos un agua sin sal que olía a tierra.

Philippe se tumbó boca arriba, con la cabeza apoyada en la palma de una mano.

—¡Qué buen tiempo hace! —murmuró.

Vinca, de pie, con las manos ocupadas en limpiar cuchillos y vasos, proyectó sobre él el rayo azul de su mirada. Phil no se movió, ocultando el placer que sentía cuando su amiga le admiraba. Se sabía guapo en ese momento, con las mejillas calientes, la boca brillante y la frente cobijada bajo un desorden armonioso de cabellos negros.

Vinca volvió, sin pronunciar palabra, a su tarea de pequeña comanche y Philippe cerró los ojos, acunado por el reflujo, por una lejana campana de mediodía y por la canción a media voz de Lisette. Una somnolencia repentina y ligera se apoderó de él, somnolencia de siesta, punteada por distintos ruidos, pero que se servía de éstos para tornarse en ensoñación: tumbado en esa arena rubia, después de una merienda de niños, se sintió a la vez un Phil muy anciano y salvaje, privado de todo, y un Phil originariamente colmado, porque poseía una mujer...

Un grito más agudo le obligó a abrir los parpados: cerca del mar, al que el resplandor del mediodía y la luz vertical privaban de su color, Vinca, inclinada sobre Lisette, le curaba algún rasguño: le estaba sacando una espina de su manecita levantada y confiada...

Esta imagen no perturbó el sueño de Philippe, que cerró de nuevo los ojos:

«Un niño... Eso es... Tenemos un niño...».

Su sueño viril, en el que el amor, anticipándose a la edad del amor, se dejaba distanciar por sus fines generosos y simples, se sumió en unas soledades de las que él fue el único dueño. Dejó atrás una gruta —una forma desnuda en una hamaca de fibras, un fuego rojizo que se extinguía a ras de tierra— y luego perdió el sentido adivinatorio, la capacidad de vuelo, zozobró y tocó el fondo blanco de un plúmbeo descanso.



## Capítulo 7

—¡Es increíble cómo se acortan los días!

—¿Por qué increíble? Todos los años dice lo mismo por estas fechas; pero no por eso va a conseguir que cambie el solsticio, Marthe.

—¿Quién ha hablado de solsticio? Yo no le pido nada al solsticio; que él haga lo mismo conmigo.

—Es curiosa la incapacidad de las mujeres para entender ciertos hechos. ¡Le he explicado veinte veces el sistema de las mareas, y ella se queda como una pared ante la sicigia!

—Está muy equivocado, Augusto, si cree que, por ser mi cuñado, le voy a prestar más atención que a los demás...

—¡Dios mío! No me extraña que no se haya casado, Marthe. Alcánzame el cenicero, ¿quieres? —se dirigió a su mujer.

Si te lo doy, ¿dónde pretendes que Audebert eche la ceniza de su pipa?

—No se preocupe, *madame* Ferret. En todas las mesas hay conchas de orejas de mar que han ido sembrando los niños.

—Usted tiene la culpa, Audebert. El día en que les dijo: «¡Qué bonitas son estas conchas!», transformó su vagabundeo por las rocas en la ejecución de una misión encomendada, ¿verdad, Phil?

—Sí, *monsieur* Ferret.

—Y también por esa misión su hija ha abandonado su primera empresa comercial, Ferret. ¿Sabe lo que había proyectado Vinca? Ponerse en contacto con Carbonieux, el gran comerciante de pájaros y semillas, para suministrarle huesos de urraca, con los que los canarios se afilan el pico en la jaula. ¿A que no miento, Vinca?

—No, *monsieur* Audebert.

—La picaruela es más comerciante de lo que parece. Algunas veces me reprocho...

—¡Oh! ¡Augusto! ¿Ya empiezas otra vez?

Empezaré otra vez si me parece oportuno. Ahí tienes a una niña a la que pretendes encerrar en casa. ¿Cómo vas a alimentar su actividad moral y física?

—Del mismo modo que la mía. Pocas veces me habrás visto estar con los brazos cruzados, me parece a mí. Además, pienso casarla y no hay más que hablar.

—Mi hermana es partidaria de las viejas tradiciones.

—Nunca son los maridos quienes se lamentan de ello.

—Bien dicho, *madame* Ferret. El porvenir de una hija... Yo creo que no hay ninguna prisa. Quince años... Vinca tiene tiempo aún de descubrir su vocación. ¡Eh, Vinca! ¿Me oyes? ¿Tiene la acusada algo que alegar en su favor?

—Nada, *monsieur* Audebert.

—«¡Nada, *monsieur* Audebert!». ¡Bah! No se atormente tanto. A nuestros hijos les importamos un bledo, Ferret. ¡Y están de un tranquilo esta tarde!

—Han llevado una vida alocada. Vinca tiene azogue en el culo, por decirlo de alguna manera.

—¡Marthe!

—¿Qué pasa con «Marthe»? ¿Por qué he dicho «culo»? Es una palabra admitida por el diccionario, ¿no?

—¡Delante de un chico!

—No es un chico, es Phil. ¿Qué está dibujando mi viejo amigo Phil?

—Una turbina, *monsieur* Ferret.

—Mi enhorabuena al futuro ingeniero... Audebert, ¿ha visto la luna sobre Grouin? Hace quince veranos que veo salir por el mar esa luna de agosto, y no me canso. Cuando pienso que hace quince años el Grouin estaba desierto, y que ha sido únicamente el viento el que ha sembrado esos arbolillos...

—Me cuenta eso como si yo fuese un turista, Ferret. Hace quince años yo andaba buscando un rinconcito en la costa donde invertir seiscientos francos ahorrados...

—¡Quince años ya! Es verdad, Philippe no sabía andar solo todavía... Querida, ven a mirar la luna. ¿La has visto alguna vez de ese color en estos quince años? ¡Es..., pero si es verde, realmente verde!

Philippe dirigió hacia Vinca unos ojos inquisidores. Acababan de evocar un tiempo en el que ella no era visible para nadie, y, no obstante, vivía ya en parte... Por otro lado, él no guardaba ningún recuerdo preciso de la época infantil en que correteaban juntos por esa arena rubia de las vacaciones: la pequeña imagen antigua, muselina blanca y carne bronceada, se había disuelto. Pero cuando él decía en lo profundo de su corazón: «¡Vinca!», el nombre evocaba, inseparable de su amiga, el recuerdo de la arena caliente en las rodillas, y apretujada y fugitiva en las manos...

Los ojos azules de la Pervinca se cruzaron con los de Philippe, e, impassibles como ellos, miraron en seguida a otra parte.

—Vinca, ¿no subes a acostarte?

—Todavía no, mamá, por favor. Quiero terminar el festón grande del trajecito de Lisette.

Habló con voz suave; después, alejó de ella y de Philippe a las pálidas Sombras, casi ausentes, del círculo familiar. Phil había dibujado una turbina, una hélice de avión y el mecanismo de una desnatadora, y luego añadió a las palas de su hélice los grandes ojos oscuros que se ven en las alas de algunas mariposas, así como unas patas delicadas y unas antenas. Luego trazó una *v* mayúscula y la fue deformando, con ayuda de un lápiz azul, hasta conseguir un ojo azul marino rodeado de largas pestañas —el ojo de Vinca.

—¡Mira, Vinca!

Ella se inclinó, poniendo sobre el papel su mano salvaje, morena como la madera dura, y sonrió:

—Estás chalado.

—¿Qué trastada ha vuelto a hacer? —preguntó *monsieur* Audebert.

Los dos jóvenes se volvieron hacia el que hablaba con un aire de extrañeza un poco altivo.

—Nada, papá —dijo Philippe—. Tonterías. Le he puesto unas patas a mi turbina para que funcione mejor.

—¡Ah! ¡Cuando sientes la cabeza, voy a hacer una cruz en la chimenea! ¡En vez de dieciséis años parece que tengas seis!

Vinca y Philippe sonrieron con educación y de nuevo desterraron de su mundo a los vagos seres que jugaban a las cartas o bordaban cerca de ellos. Pero aún oyeron, como un zumbido lejano, algunas bromas sobre la «vocación» de Philippe, inclinado a la mecánica y a las aplicaciones de la electricidad, y sobre el casamiento de Vinca, tema familiar. Se oyeron algunas risas en torno a la gran mesa, porque alguien había hablado de unir a Philippe con Vinca...

—¡Ah!, ¡ah! ¡Eso sería como casar al hermano con la hermana! ¡Se conocen demasiado bien!

—El amor, *madame Ferret*, significa lo imprevisto, el flechazo.

—El amor es hijo de Bohemia...

—¡Marthe! ¡No cantes! ¿No ves que estamos muy contentos de tener por fin viento del noroeste y buen tiempo?

¿Prometidos Vinca y él? Philippe sonrió, lleno de una piedad condescendiente. Prometidos..., ¿para qué? Vinca le pertenecía, como él pertenecía a Vinca. Con gran sabiduría, habían descubierto que un noviazgo oficial sería perjudicial para su duradera pasión. Así, daban por descontado los típicos chistes, las insoportables risas y también la desconfianza.

... Volvieron a cerrar, juntos, el ventanillo a través del cual, atrincherados en el amor, comunicaban a veces con la vida real. Envidiaron, asimismo, la puerilidad de sus padres, su facilidad para reír y su fe en un porvenir sin problemas.

«¡Qué alegres están! —se dijo Philippe. Buscó en la frente gris de su padre el rastro de una luz, de una quemadura al menos—. ¡Ay! —decreto soberbiamente—, el pobre no ha estado nunca enamorado...».

Vinca hizo un esfuerzo para evocar la época en que su madre, de joven, sufrió quizá de amor y silencio. Reparó en sus cabellos prematuramente canos, en sus lentes de oro y en esa delgadez que hacía de *madame Ferret* una mujer tan distinguida...

Vinca se ruborizó, reclamo para ella sola la vergüenza de amar, el tormento del cuerpo y el alma, y abandonó a las Sombras vanas para reunirse con Philippe en un camino donde borraban sus huellas y sentían que podían perecer por llevar un botín demasiado pesado, demasiado rico y tempranamente conquistado.

## Capítulo 8

Phil se detuvo en la curva de la estrecha carretera, echó la bicicleta a un lado y su propio cuerpo al otro, en la hierba gredosa del talud.

«¡Buff! ¡Basta ya! ¿Por qué me habré ofrecido a llevar este despacho?».

Los once kilómetros desde la villa hasta Saint-Malo no le habían parecido demasiado duros. La brisa del mar le había empujado, y durante las dos largas bajadas su pecho semidesnudo había recibido la caricia fresca del aire agitado.

Pero el regreso le hacía aborrecer el verano, la bicicleta y la cortesía. Los últimos días de agosto estaban siendo abrasadores. Philippe se dejó caer sobre la hierba amarilla y notó en sus propios labios el polvo fino de las carreteras silíceas. Quedó tumbado boca arriba, con los brazos en cruz. La congestión pasajera había ennegrecido la parte baja de sus ojos como si saliera de un combate de boxeo, y sus piernas de bronce, que los pantalones de deporte dejaban ver perfectamente, ofrecían el cómputo en cicatrices blancas y heridas negras o rojas, de sus semanas de vacaciones y los días de pesca en la costa rocosa.

«Debería haber traído a Vinca —se dijo con una sonrisa maliciosa—. Habría visto lo que es bueno».

Pero su otro yo, el Philippe prendado de Vinca, el Philippe encerrado en su precoz amor como un príncipe huérfano en un palacio demasiado grande, replicó al Philippe malvado: «La habrías llevado sobre tu espalda hasta la casa, si ella se hubiese quejado...».

«No estoy seguro», protesto el Philippe malo... Y esta vez el Philippe enamorado no se atrevió a discutir...

Estaba echado al pie de un muro coronado por pinos azules y tiemblos blancos. Philippe conocía la costa de memoria, desde que aprendiera a caminar y a montar en bicicleta. «Es la finca *Ker-Anna*. Me parece oír el generador de electricidad. Pero no sé quién ha alquilado la propiedad este verano». Un motor, detrás de un muro, imitaba el chasquido de la lengua de un perro jadeante; las hojas de los tiemblos plateados se alzaban al viento como las olillas de un riachuelo. Sosegado, Philippe cerró los ojos.

—Creo que se ha ganado un vaso de naranjada, Phil —dijo una voz tranquila.

Phil abrió los ojos y vio inclinarse sobre él, invertido como en un espejo de agua, un rostro femenino. Rostro que, del revés, ofrecía una barbilla un poco carnosa, una boca realzada por el rojo de labios, unos orificios nasales estrechos, irritables, y dos ojos oscuros que, vistos desde abajo, tomaban forma de dos medias lunas. Todo el rostro, color de ámbar claro, sonreía con una familiaridad nada amigable. Philippe reconoció a la Dama de blanco cuyo coche se había quedado atascado en el camino de las ovas, a la señora que se había dirigido a él llamándole primero «¡eh, jovencito!», y después «caballero»... Dio un brinco y saludo lo mejor que pudo. Ella estaba apoyada sobre sus brazos cruzados, que su vestido blanco sin mangas dejaban

al descubierto, y le miró de la cabeza a los pies, como la primera vez.

—Caballero —preguntó ella gravemente—, ¿es por alguna promesa o simplemente por gusto por lo que lleva tan poca ropa?

Un golpe de sangre fresca subió a las orejas y a las mejilla de Philippe y se tornó ardiente.

—No, *madame* —gritó él con tono agrio—, es porque he tenido que llevar un despacho para un cliente de papá; en casa no había nadie disponible. Naturalmente no iban a enviar a Vinca o a Lisette con este tiempo...

—¡Oh!, no se ponga dramático —dijo la Dama de blanco—. Yo soy muy impresionable. Rompo a llorar por nada.

Estas palabras, y su mirada impasible, en la que flotaba una sonrisa burlona, hirieron a Philippe. Con la rudeza con que se levanta por el brazo a un niño que acaba de caerse, Phil cogió su bicicleta por el manillar dispuesto a montarse.

—Tome un vaso de naranjada *monsieur* Phil. Le sentará bien.

Philippe oyó chirriar una verja en un ángulo del muro, y su intento de fuga le condujo justo delante de una puerta abierta, de un paseo de hortensias rosas apopléticas y de la Dama de blanco.

—Me llamo *madame* Dalleray —dijo ella.

—Philippe Audebert —dijo Philippe precipitadamente.

Ella esbozó un gesto de indiferencia y exhaló un «¡Oh!» que significaba: «Eso no me interesa».

Ella se colocó a su lado y caminó sin quejarse del sol que se abatía sobre su pelo negro, lacio y brillante. Él empezó a sentir dolor de cabeza, y se creyó aquejado de insolación al notar, junto a *madame* Dalleray, esa esperanza, esa aprehensión de un desmayo, que lo habría librado de pensar, de elegir y de obedecer.

—¡Totote! ¡La naranjada! —gritó *madame* Dalleray.

Phil se estremeció, vuelto en sí: «Allí está la tapia —se dijo—. No es muy alta. Puedo saltar y...». Se contuvo y no llegó a terminar mentalmente: «... Y estoy salvado». Mientras subía con esfuerzo, detrás del vestido blanco, una escalinata deslumbrante, sintió nuevamente toda la insolencia de sus dieciséis años: «¡Bueno! ¡No ve va a comer!... Si tiene tanto empeño en ofrecerme una naranjada...».

Creyó que iba a desplomarse al penetrar en una habitación oscura, cerrada a los rayos de sol y a las moscas. Le cortó la respiración la baja temperatura que mantenían persianas y cortinas echadas. Tropezó contra un mueble blando y cayó sobre un cojín; oyó una risilla demoníaca que provenía de no se sabía dónde, y estuvo a punto de llorar de angustia. Un vaso helado tocó su mano.

—No beba en seguida —dijo la voz de *madame* Dalleray—. Totote, ¿por qué le has puesto hielo? Estás loca. La bodega está ya bastante fría.

Una mano blanca sumergió tres dedos en el vaso y los retiró al momento. Brilló el fuego de un diamante, reflejado en el cubito de hielo sujeto por los tres dedos. Con un nudo en la garganta y cerrando los ojos, Philippe bebió dos pequeños sorbos de

naranjada, cuyo sabor ácido no fue siquiera capaz de percibir; pero cuando abrió los párpados, sus ojos, ya habituados, distinguieron el rojo y el blanco de un tapiz, el negro y el oro apagado de las cortinas. Una mujer, a la que no había visto antes, desapareció llevando una bandeja tintineante. Sobre su alcándara, un guacamayo rojo y azul abrió las alas en forma de abanico, para mostrar su axila color de carne estremecida.

—Es bonito —dijo Philippe con voz ronca.

—Sobre todo si se tiene en cuenta que es mudo —añadió *madame* Dalleray.

Estaba sentada lejos de Philippe, y los separaba la fragancia vertical de un perfume que ardía en una copa, despidiendo olor a resina y a geranio. Philippe cruzó sus piernas desnudas; la Dama de blanco sonrió, con lo que aumentó la sensación de suntuosa pesadilla, de arresto arbitrario y raptó equívoco que privaba a Philippe de toda su sangre fría.

—Sus padre vienen todos los años a la costa, ¿verdad? —preguntó *madame* Dalleray con su suave voz varonil.

—Sí —suspiró él con abatimiento.

—Es una zona encantadora, que no conocía en absoluto. Una Bretaña moderada, no muy típica, pero tranquila; el color del mar es incomparable.

Philippe no respondió. Reservó el resto de su lucidez para su propio agotamiento progresivo; temía que de un momento a otro oiría caer en la alfombra, regulares y amortiguadas, las últimas gotas de una sangre que estaba abandonando su corazón.

—A usted le gusta, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó sobresaltado.

—La costa cancalesa.

—Sí.

—*Monsieur* Phil, usted no se encuentra bien, ¿verdad? Bueno, yo soy una buena enfermera, por cierto... Claro que, con el tiempo que está haciendo, tiene usted mil veces razón: más vale callar que hablar. Callémonos, pues.

—Yo no he dicho eso...

Desde su entrada en la habitación oscura, ella no había hecho un solo movimiento, ni pronunciado una palabra que no fuese completamente trivial. Sin embargo, el sonido de su voz producía en él, en cada ocasión, una especie de traumatismo inexplicable; así, recibió con terror la amenaza de un mutuo silencio. Tuvo una salida penosa y desesperada. Su vaso chocó contra una mesita fantasma, profirió algunas palabras que ni él mismo oyó, se puso de pie, consiguió llegar a la puerta surcando pesadas olas y obstáculos invisibles y, finalmente, recibió la luz con la aspiración de un asfixiado.

—¡Ah!... —dijo a media voz.

Y, con mano patética, oprimió la zona del pecho en la que late el corazón.

Luego volvió a tomar bruscamente conciencia de la realidad, se rió de forma bobalicona, sacudió caballerosamente la mano de *madame* Dalleray, cogió su

bicicleta y se fue. En lo alto de la última cuesta encontró a Vinca, que le esperaba inquieta.

—Pero ¿qué has estado haciendo durante tanto tiempo, Phil?

A través de los párpados azulados por el color de las pupilas, besó los encantadores ojos azules de su pequeña amiga y respondió con exuberancia:

—¿Que qué he hecho? Pues... ¡de todo, te lo aseguro! He sido atacado en un recodo del camino y encerrado en un sótano, me han dado a beber narcóticos muy fuertes, me han atado desnudo a un poste y me han azotado e interrogado...

Vinca se reía, apoyada en su hombro, mientras Philippe sacudía la cabeza para desprender de sus pestañas dos lágrimas de nerviosismo, y pensaba:

«Si supiese que es verdad todo lo que le estoy contando...».

## Capítulo 9

Desde que *Madame* Dalleray le ofreciera un vaso de naranjada, Phil notaba en sus labios, y contra las amígdalas, el roce, la quemazón de la bebida helada. Estaba convencido de que nunca había bebido antes —ni volvería a beber en lo sucesivo— una naranjada tan amarga.

«Y, sin embargo, cuando la estaba bebiendo no noté su sabor... Fue después... mucho tiempo después...». Esta visita, que ocultaba a Vinca, se convirtió en un recuerdo obsesivo y sensible, cuya fiebre benigna él intensificaba o calmaba a su gusto.

La vida de Philippe pertenecía por completo a Vinca, a la pequeña amiga entrañable, nacida tan cerca de él meses después; ligada a él como una gemela, y ansiosa como una amante cuyo enamorado va a partir al día siguiente. Pero ni los sueños ni las pesadillas pertenecen a la vida real: un mal sueño, cargado de sombras glaciares, de un rojo apagado, de terciopelo negro y oro, había empezado a atormentar la vida de Philippe, eclipsando las horas normales del día, desde que en el salón de *Ker-Anna* bebiera, una tarde tórrida, el vaso de naranjada que le había servido la imperiosa y grave Dama de blanco. El fuego del diamante en el borde del vaso; el cubito de hielo centelleante entre tres dedos pálidos; el guacamayo azul y rojo, mudo en su alcándara, con las alas cubiertas de plumas de un color blanco rosado como la carne de los melocotones... El adolescente dudaba en su memoria al evocar una y otra vez esas imágenes de un colorido ardiente y falso, engendradas tal vez por el sueño, que convierte en azul el verde de las hojas y presta a ciertos matices el acento de un sentimiento...

Esta visita no le había reportado ningún placer. El recuerdo mismo del perfume que humeara de una copa le hizo perder el apetito durante un tiempo, produciéndole aberraciones nerviosas:

—¿No crees, Vinca, que los camarones huelen hoy a benjui?

¿Era placentera la entrada en el salón cerrado, la sensación al tocar los obstáculos blandos y aterciopelados? ¿La fuga precipitada, el brusco reencuentro con el sol abrasador? No, nada de esto tenía que ver con el placer, sino más bien con el malestar y la angustia de una deuda...

«Tengo que devolverle la cortesía —se dijo Philippe una mañana—. No tengo por qué ser grosero. Dejaré unas flores en su puerta y luego no volveré a pensar más en ello. Pero ¿qué clase de flores?».

Las margaritas dobles del huerto y los dragones de terciopelo le parecieron poca cosa. A finales de agosto se desfloraban las madreselvas salvajes y las Dorothy-Perkins enrolladas en el tronco de los tiemblos. Pero había un hoyo de duna entre la casa y el mar, lleno hasta los bordes de cardos de las arenas —de flores azules y malvas a lo largo de todo su quebradizo tallo—, que merecía llamarse «el espejo de los ojos de Vinca».



«Cardos azules..., los vi en un jarrón de cobre en casa de *Madame Dalleray*...; ¿regala uno este tipo de flores? Los dejaré en la verja... y no oiré...».

Con la sagacidad de sus dieciséis años, esperó el día en que Vinca, cansada y un poco indispuesta, decaída e irritable, con ojeras malvas bajo sus ojos azules, se echó a la sombra y rechazó el baño y el paseo. Cortó los ramos en secreto e hizo un ramo con los cardos más bonitos, hiriéndose malamente las manos con su hojarasca de hierro. Partió en su bicicleta, acompañado de un suave tiempo bretón que cubría de bruma la tierra e imprimía al mar un tono lechoso e inmaterial. Pedaleó, molesto por su pantalón de tela blanca y su chaqueta de punto inglés, hasta llegar a los muros de *Ker-Anna*; luego caminó encorvado hacia la verja y decidió arrojar al jardín su ramo de cardos, como si de ese modo se fuese a liberar de un acta de acusación. Ensayó un par de veces la operación, apuntó al lugar más próximo a la casa, giró su brazo en la honda, y el ramo voló por los aires. Philippe oyó un grito, unos pasos por la grava y una voz sofocada por la ira, que, no obstante, reconoció perfectamente:

—Como pille al idiota que ha hecho esto...

Al sentirse insultado renunció a escapar, y la Dama de blanco, irritada, le encontró cerca de la verja; con el ceño fruncido y encogido de hombros.

—Debí haberlo imaginado —dijo—. Tiene muy poca gracia.

Ella esperó una excusa inútilmente, pues Phil, ocupado en mirarla, le agradecía vagamente para sus adentros que estuviera vestida otra vez de blanco y que tuviera los labios discretamente pintados de carmín, y los ojos circundados de un halo de bistro. Ella se llevó la mano a la mejilla:

—¡Miré, estoy sangrando!

—Yo también —dijo Philippe con aspereza, a la vez que le alargaba sus manos heridas. Ella se inclinó y aplastó con el dedo una perla de sangre en la palma de Philippe.

—¿Los ha cogido para mí? —preguntó afectando indiferencia.

Él se limitó a un simple movimiento de cabeza, repreniéndose en su fuero interno por mostrar malos modales ante una mujer amable y de clase. Pero ella no pareció enojada ni sorprendida.

—¿Quiere pasar un momento?

Él respondió de la misma manera, y esta muda protesta hizo que sus cabellos revolotearan alrededor de la cara, embellecida por una severidad extraña y privada de cualquier otra expresión.

—Son de un azul... un azul inefable... Los pondré en mi brasero de cobre.

El rostro de Philippe se relajó un poco:

—Eso había pensado yo —dijo—. O bien en un cacharro de gres gris.

—Sí, eso está mejor... En un cacharro de gres gris.

Esta especie de docilidad en la voz de *Madame Dalleray* maravilló a Philippe. Ella se dio cuenta, le miró a los ojos, mostró de nuevo su sonrisa distendida y casi masculina y cambió de tono:

—Dígame, *monsieur Phil*... Una pregunta... Una simple pregunta... ¿Ha cogido estos cardos tan bonitos para mí, para darme gusto?

—Sí.

—Un bello gesto. Para darme gusto. Pero ¿en qué ha pensado con más ardor: en el placer que yo sentiría al recibirlos —entienda bien lo que quiero decir— o en su placer al cogerlos para mí y ofrecérmelos?

Él apenas la escuchaba, absorto como estaba en la forma de su boca y el parpadeo de sus ojos. No la comprendió bien y respondió al azar:

—Sabía que esto le agradaría... Además, usted me invitó a una naranjada...

Ella retiró su mano, que había posado en el brazo de Philippe, y volvió a abrir el gran batiente semicerrado de la verja.

—Bien, jovencito; es preciso que se vaya y no vuelva más por aquí.

—¿Cómo?

—Nadie le ha pedido que sea agradable conmigo. Así pues, márchese tranquilo: ya ha cumplido con la cortés obligación que le ha traído hoy hasta aquí para bombardearme con cardos azules. Adiós, *monsieur Phil*. A no ser que...

Ella había apoyado su frente atrevida en la verja, súbitamente cerrada, al tiempo que miraba a Philippe de arriba a abajo, inmóvil en el camino de la entrada.

—A no ser que un día acuda nuevamente a este lugar, pero no para pagarme con un ramo espinoso la naranjada, sino por otra razón...

—Por otra razón...

—¿Cómo se parece su voz a la mía, *monsieur Phil*! Entonces veremos si se trata de complacerme a mí, o de quedar usted complacido. Sólo me gustan los mendigos y los hambrientos, *monsieur Phil*. Si vuelve otra vez, hágalo con la mano tendida... ¡Vamos, váyase, *monsieur Phil*!...

Ella se apartó de la verja y Phil se marchó. Expulsado, incluso desterrado, se alejó de lleno, no obstante, de un sentimiento de orgullo varonil; y ese rostro femenino, tatuado por unas gotas de sangre fresca, quedó en su recuerdo coronado por el arabesco negro de la verja, semejante a una rama de viburno.

## Capítulo 10

—Te vas a caer, Vinca, se te ha desatado una alpargata... Espera...

Phil se inclinó rápidamente, cogió las dos cintas de lana blanca y las cruzó sobre el tobillo moreno, tembloroso, seco, de una pierna de animal fino, hecho para la carrera y el salto, cuya gracia no se veía menguada por la epidermis endurecida y las numerosas cicatrices. Casi nada de carne sobre un hueso fino: el músculo necesario para formar los contornos; las piernas de Vinca no despertaban el deseo, sin esa especie de exaltación que se le reserva a un estilo puro.

—¡Qué te esperes, te he dicho! ¡No puedo atarte los cordones si sigues andando!

—¡No! ¡Déjame!

El pie desnudo, con calzado de tela, se deslizó entre las manos que lo sujetaban y, como si echase a volar, pasó por encima de la cabeza de Phil, que estaba arrodillado. Él percibió el perfume a lavanda, de ropa interior planchada y algas marinas característico de Vinca; estaba a tres pasos él. Le miraba de arriba abajo, al tiempo que derramaba sobre él la luz ensombrecida y turbada de sus ojos, cuyo azul se resistía a imitar los matices cambiantes del mar.

—¿Qué te ocurre? ¿Ya estamos con caprichitos? ¡Supongo que sé atar una sandalia! ¡Te seguro, Vinca, que a veces eres insoportable!

La postura caballeresca de Phil casaba mal con su rostro ofendido de dios latino, dorado, coronado de cabellos negros y con una gracia apenas amenazada por la sombra —pelo espeso mañana, hoy pelusa de terciopelo— del futuro bigote.

Vinca no se acercó a él. Parecía extrañada y sofocada, como si Phil la hubiese perseguido.

—¿Qué te pasa? ¿Te he hecho daño? ¿Tienes alguna espina?

Ella respondió «no» con la cabeza, se suavizó, cayó sentada entre la salvia y las centinodias rosas, y se bajo el dobladillo del vestido hasta los tobillos. Gobernaban todos sus movimientos una celeridad angulosa y placentera y un equilibrio excepcional, como un don coreográfico. Su tierna y exclusiva camaradería con Phil la había formado para los juegos de chicos, para una rivalidad que no cedía todavía ante el amor, nacido, sin embargo, al mismo tiempo que aquélla. A pesar de la fuerza, monstruosamente acrecentada día a día, que alejaba de ellos paulatinamente la confianza y la dulzura; y a pesar del amor, que cambiaba la esencia de su ternura como el agua coloreada que beben las rosas cambia su color, ellos olvidaban a veces su amor.

Philippe no resistió durante mucho tiempo la mirada de Vinca, cuyo azul oscurecido no contenía ningún reproche. Ella parecía solamente sorprendida, y respiraba con rapidez, como la cierva que se tropieza con un paseante en el bosque y que titubea, inquieta, en lugar de escapar. Ella interrogaba a su propio instinto más que al joven arrodillado, al que había retirado su mano; sabía que acababa de obedecer a la desconfianza, a una especie de repulsión; no al pudor. No podía haber

cabida para el pudor tratándose de un amor tan grande.

La pureza vigilante de Vinca percibía, mediante avisos repentinos, una presencia femenina cerca de Philippe. A veces le daba por respirar con fuerza el aire en torno a él, como si éste, en secreto, hubiese fumado o comido alguna golosina. Ella interrumpía de pronto su charla con un silencio tan imperioso como un brinco, con una mirada, cuyo impacto y peso él notaba. Ella acostumbrada ahora a liberar su mano de la mano amiga, más pequeña pero menos fina que la suya, en la que su mano había reposado durante el paseo por la carretera antes de cenar...

Phil ocultó a Vinca sin dificultad su tercera y cuarta visitas. Pero ¿qué fuerza tienen la distancia y las murallas contra la antena invisible de un alma apasionada, que se lanza, palpa, descubre la herida y se repliega?... Incrustado, como un parásito, en el gran secreto de ambos, el pequeño secreto de Phil produjo en éste, inocente hecho, una deformación moral.

Ahora Vinca lo encontraba dulce cuando él, confiado en su despotismo de amante fraternal, hubiera debido tratarla como a una esclava. Se había introducido en él algo de la amenidad de los maridos infieles, y eso le hacía sospechoso. Después de haber reprendido a Vinca por su extraño humor, Philippe mantuvo un gesto arrogante y tomó el camino de la casa, esforzándose por no correr. ¿Merendaría dentro de una hora en *Ker-Anna*, como le había rogado *Madame Dalleray*? Rogado... Ella no sabía más que dar órdenes y conducir, con una dureza disimulada, al que ella misma había elevado al rango de mendigo y hambriento. Mendigo rebelde a la humanidad, y que podía, lejos de ella, pensar sin gratitud en la escanciadora de bebidas frescas, en la mondadora de frutas cuyas manos blancas servían y curaban al pequeño caminante novicio y bien formado. Pero ¿se debe llamar novicio a un adolescente al que el amor, desde la infancia, le ha consagrado como hombre y mantenido puro? En vez de encontrarse con una víctima fácil, contenta de someterse, *Madame Dalleray* se tropezó con un antagonista deslumbrado y circunspecto. Con la boca alterada y las manos tendidas, el mendigo no tenía aspecto de vencido.

«Se defiende —conjeturaba ella—. Se guarda...». Pero no había llegado todavía al punto de afirmar: «Ella lo guarda...».

Desde la casa, Philippe gritó a Vinca, que se había quedado en el prado arenoso: —¡Voy a buscar el segundo correo! ¿Quieres que te haga algún recado?

Al hacer una señal negativa con la cabeza, todos los cabellos iguales de Vinca se abrieron en rueda soleada, y Philippe se lanzó sobre su bicicleta.

*Madame Dalleray* no parecía esperarle: estaba leyendo. Pero la sombra estudiada del salón, la mesa casi invisible de la que provenía el olor de los melocotones tardíos, del melón rojo de Chipre cortado en medias lunas y del café vertido sobre hielo machacado le hablaban de lo contrario.

*Madame Dalleray* dejó su libro y le tendió una mano sin levantarse. Él veía en la sombra el vestido blanco, la mano blanca; los ojos negros, aislados en su halo de bistro, se movían con una lentitud desacostumbrada.

—A lo mejor estaba usted durmiendo —dijo Phil, recurriendo a típica cortesía.

—No... nada de eso. ¿Hace calor? ¿Tiene hambre?

—No sé...

Suspiró, sinceramente indeciso, embargado desde que entrara en *Ker-Anna* por una especie de sed y una sensibilidad a los olores comestibles que se hubiese parecido al apetito si, al mismo tiempo, una ansiedad sin nombre no le hubiese formado un nudo en la garganta. No obstante, su anfitriona le sirvió —y él aspiró—, sobre una bonita paleta de plata, la carne roja del melón salpicado de azúcar e impregnado de un licor suave con sabor a anís.

—¿Qué tal se encuentran sus padres, *monsieur* Phil?

Él la miró sorprendido. Ella parecía distraída, como si no hubiera oído su propia voz. Con el borde de la manga arrastró una cuchara, que cayó sobre la alfombra sonando una débil campana.

—¡Qué torpe!... Espere.

Le cogió la muñeca con una mano y con la otra le levantó, hasta el codo, la manga, sujetando firmemente con su mano izquierda el brazo desnudo de Phil.

—¡Déjeme! —gritó Phil con fuerza.

Hizo un violento movimiento con el brazo. A sus pies cayó hecho pedazos un platillo. En medio del zumbido de sus oídos tintineó el eco del grito de Vinca: «¡Déjame!...», y él dirigió a *Madame* Dalleray una mirada llena de furia y de interrogantes. Ella no se había movido, y la mano que él había rechazado permanecía abierta sobre sus rodillas como una caracola hueca. Philippe ponderó durante un buen rato esta inmovilidad significativa. Bajó la cabeza y vio pasar ante él dos o tres imágenes incoherentes, ineluctables, volando como se vuela en los sueños, cayendo como el que se tira al agua de cabeza, en ese instante en el que el rostro invertido roza la superficie; y luego, sin ímpetu, con una lentitud meditada, con un valor calculado, depositó de nuevo su brazo desnudo en la mano abierta.

## Capítulo 11

Cuando Philippe salió de la casa de la Dama de blanco sería la una y media de la mañana.

Para abandonar la casa familiar, había tenido que esperar a que se hubiesen apagado todas las luces y acallado todos los ruidos: Una puerta de cristal cerrada con cerrojo, una valla de madera abatida por su propio peso y..., más allá, la carretera, la libertad... ¿La libertad? Había caminado hacia *Ker-Anna* como el que es conducido a prisión, deteniéndose a veces para aspirar el aire, con la mano izquierda puesta en el corazón, bajando la cabeza y levantándola después como un perro que ladra a la luna. Se había vuelto en lo alto de la cuesta para divisar en la mitad del acantilado la casa, donde dormían sus padres, los padres de Vinca —¡y Vinca...! La tercera ventana, el balconcillo de madera... Ella estaría durmiendo detrás de ese par de postigos cerrados. Dormiría, vuelta un poco de lado, con la cara sobre el brazo, como una niña que se esconde para llorar, con los cabellos iguales abiertos en abanico, de la nuca a las mejillas. Él la había visto dormir tantas veces desde su infancia... Conocía bien ese ademán triste y dulce que sólo adoptaba durante el sueño.

El temor a despertarla telepáticamente hizo que Philippe se volviera en seguida hacia la carretera, blanca en la noche lechosa del cuarto creciente que guiaba sus pasos. Durante un momento se sintió interpelado por la ansiedad y el amor de esta adolescente, que se mantenía vigilante en medio del sueño. Su peso, mucho más que el miedo frío que hiela a un muchacho de dieciséis años camino de su primera aventura; su peso iba a convertir tal vez la prueba en tarea difícil y el orgulloso delirio en curiosidad sin valor... Pero sólo titubeó un momento antes de comenzar a correr, con el mismo gesto de sofoco y de invocación a la luna, por la otra vertiente de la cuesta, que, ya de regreso, acababa de subir más lentamente.

«Las dos», contó Philippe con el oído puesto en el reloj del pueblo. Los cuatro cuartos cristalinos, las dos horas graves viajaron suavemente a través de la bruma salina y tibia. Y añadió ritualmente: «Ha cambiado la dirección del viento; se oye el reloj de la iglesia. Va a cambiar el tiempo...»; el sonido de esta frase familiar le llegó desde muy lejos, como de otra vida pasada... Se sentó sobre la hierba que bordeaba un arriate, delante de la villa, empezó a llorar bruscamente y se avergonzó de sus lágrimas hasta que comprendió que lloraba con placer.

Alguien, junto a él, exhaló un suspiro; era el perro del guarda que, agazapado, dormitaba en el paseo de la arena. Phil se inclinó, acarició el pelo de jabalí y la nariz seca del animal amigo, que no había ladrado.

—Fanfare... mi viejo amigo Fanfare...

Pero el perro, cargado de años y con un carácter bretón, se levantó y fue a acostarse a otra parte, haciendo un ruido de saco viejo.

La marea muerta, adormecida bajo la bruma en la parte interior del prado, enviaba hacia la playa unas olillas extenuadas que percutían débilmente a modo de ropa

mojada, de minuto en minuto. No había ningún pájaro despierto, excepto un mochuelo que imitaba socarronamente al gato, tan pronto en la copa de tiemblo más blanco que la bruma, como en el seto de huseras.

Lentamente, el pensamiento de Philippe fue recomponiendo el decorado familiar, que se le había tornado ajeno. La paz de la noche, que suele liberar a los hombres de todos sus cuidados, le ofrecía el refugio, la transición necesaria entre su antigua vida, su remanso estival de todos los años, y el lugar, el clima donde se arremolina una indiscernible tormenta de colores, perfumes y luces, de cuya disimulada fuente surgía lo mismo un dardo agudo que una cortina de agua pálida y escasa... Muebles y flores parecían perder su equilibrio, mostrando aquellos sus delgadas piernas de ciervas, éstas el envés felposo de sus hojas, sus tallos rígidos en un agua pura. Lugar y clima, elementos traicioneros en los que una mano y una boca de mujer habían desencadenado a su antojo el aniquilamiento de un universo tranquilo, el cataclismo que —como el puente luminoso que se levanta en el cielo después de la tormenta— había bendecido el arco de un brazo desnudo.

Al menos, la tempestad ya había pasado. Sólo le quedó un cansancio de nadador, una mansedumbre vaga y universal de naufrago que llega a tierra. Más favorecido que esos jóvenes que, desgarrados a menudo, acaban de trocar una larga angustia, fecundada de ensoñaciones ilimitadas, por un placer que en lo sucesivo limitará sus sueños, él regresaba únicamente con el peso del estupor normal, consciente a la manera del borracho ahíto que siente oscilar, cuando se mueve, la masa enfriada del vino, cuyo espíritu ardiente y ligero se ha evaporado.

El día estaba lejos aún, pero ya una mitad de la noche, más clara que la otra, dividía el cielo. Un animalillo, un erizo o una rata tal vez, arañó la tierra al corretear. El primer soplo precursor de la aurora hizo rodar algunos pétalos por el paseo, les devolvió a su reposo, se desvaneció y todo volvió a quedar inmóvil. En el lejano reloj se desgranaron ensoñadoramente tres horas; la primera límpida y cercana, las otras dos apagadas por una bocanada de viento. Una pareja de chorlitos pasó por encima de Philippe, lo bastante bajo para que él oyera el bocinazo de sus alas extendidas; y su pío pío sobre el mar llegó en la memoria abierta y sin defensa del adolescente hasta el fondo de unos quince años puros, suspendidos de una orilla rubia; hasta una niña que crecía a su lado y que tenía la cabeza rubia y erguida como una espiga.

Se levantó e hizo un esfuerzo físico para reconocerse, para obligar al que había estado descansando allí —cerca de la barrera blanca y del perro acostado— a ser el mismo que aquel que, la víspera, se dirigiera con temor hacia *Ker-Anna* apoyándose en la barrera blanca y acariciando distraídamente al perro acostado. Pero no pudo.

Se pasó por la cara las manos calientes, que le parecieron más suaves que de costumbre, impregnadas de un perfume que se esfumaba cuando intentaba fijarlo en su nariz, pero que vibraba alrededor suyo, como sucede con el aroma de ciertas plantas olorosas de hojas frágiles. En ese instante, en la habitación de Vinca brilló, y se desvaneció poco después, el resplandor de una lámpara entre las hojas de la

ventana.

«Está despierta. Acaba de mirar la hora. ¿Por qué no dormiré?».

A través de las paredes vio cómo Vinca, extendiendo un brazo, encendía la lámpara, miraba el pequeño reloj colgado de la cama de cobre y volvía a echar sobre la almohada, tras apagar la lámpara, su cabeza y su pelo, que olía a niño limpio y a lavanda. Adivinó que, a causa de la noche bochornosa, tenía al aire sus hombros morenos, tachonados de blanco en la zona donde los tirantes de bañador la protegían del sol; y la forma del cuerpo largo y vigoroso de su amiga —cuerpo familiar, provisto cada año de bellezas nuevas y previstas— se le apareció, llenándole de estupor.

¿Qué tenían en común este cuerpo, el empleo que el amor podía hacer de él, sus fines inevitables, y el destino de otro cuerpo de mujer, de una implacabilidad apasionada y de una encantadora e hipócrita pedagogía?

—No volveré más con ella —dijo en voz alta.

Hasta ayer mismo, Philippe no había dejado de medir, con ánimo paciente, el tiempo que faltaba para que Vinca le perteneciera. Hoy, empalidecido por una enseñanza que dejaba en su cuerpo el temblor y la suavidad de la derrota, retrocedía con todo su ser ante una imagen insensata...

—¡Nunca jamás!...

El alba apuntaba con rapidez. Pero ninguna ráfaga de viento venía a disipar la bruma salina, a la que iba ganando terreno el rojo de la aurora. Philippe traspasó el umbral de la casa y subió sin hacer ruido a su habitación, cargada todavía del calor sofocante de la noche; abrió los postigos y se apresuró en afrontar ante un espejo su nuevo rostro de hombre...

En un rostro enflaquecido por el cansancio, vio dos ojos lánguidos agrandados por las ojeras, unos labios que, por haber tocado una boca roja, conservaban un poco de carmín, y un pelo negro desordenado sobre la frente —rasgos lastimosos, y menos parecidos a los de un hombre que a los de una joven dolorida.



## Capítulo 12

Los gritos de los jilgueros, en el momento en que Philippe se durmió, empezaban a reclamar el alpiste que Vinca les echaba a puñados por las mañanas. El palpitante sueño de Philippe soportó mal sus gritos ligeros; su duermevela los mudaba en pequeñas virutas de metal enrollado, arrancadas del casco doloroso que cubría su cráneo. Cuando estuvo totalmente despierto, el hermoso día resonaba con el bullicio de las gallinas ponedoras, las abejas y una trilladora; el mar estaba verde, rizado por el viento fresco del noroeste, y Vinca reía, vestida de blanco, bajo la ventana.

—¿Qué le pasa? Pero ¿qué le pasa? Eh, Phil, ¿te ha picado la mosca del sueño?

Y las Sombras familiares, casi invisibles como la antigua mancha del muro, como la yedra o el liquen; las Sombras desdeñadas por los dos adolescentes repetían alrededor de ella:

—¿Qué le pasa? Pero ¿qué le pasa? ¡Habrás tomado adormideras!

Él los miraba desde lo alto de su ventana. Tenía la boca entreabierta, una especie de horror ingenuo en los rasgos, y una palidez tal que la risa de Vinca se apagó, apagando las otras risas:

—¡Oh!... ¿Estás enfermo de verdad?

Él se echó hacia atrás, como si Vinca le hubiese lanzado un guijarro.

—¿Enfermo? ¡Vais a ver si estoy enfermo! En primer lugar, ¿qué hora es?

Abajo volvieron a oírse las risas:

—¡Las once menos cuarto, so marmota! ¿Vienes a bañarte?

Él asintió con la cabeza, cerró la ventana, y los cristales recubiertos de tul lo sumieron nuevamente en el abismo nocturno por el que discurría la estela de un recuerdo, negra, untuosa, indolente entre las aristas luminosas que se izaban en la claridad, adoptando el color del oro, de la carne, el brillo de un ojo humedecido, de una sortija o una uña...

Se quitó el pijama, se puso rápidamente el bañador y, en lugar de bajar semidesnudo, como todos los días, ató cuidadosamente la cuerda de su bata.

Vinca le esperaba en el prado de mar, bronceando apaciblemente al sol sus altas piernas y sus brazos finos de un moreno bermejo de pan campesino. El azul incomparable de sus ojos, bajo un pañuelo azul desteñido llenó a Philippe de una sed de agua fresca, de un fuerte deseo de olas saladas y de brisa. Al mismo tiempo, constato la evidencia de un cuerpo femineizado día a día, las duras rodillas finamente cinceladas, los largos músculos de los muslos y los costados fieros.

«¡Qué sólida es!», pensó con una especie de temor.

Se zambulleron juntos y, mientras Vinca golpeaba alegremente con las piernas y brazos las débiles olas, y escupía agua al cantar, Philippe, pálido, luchaba contra sus escalofríos y nadaba con los labios apretados. Como los pies desnudos de Vinca atrapasen uno de sus pies, Phil dejó de nadar al momento, se fue a pique y reapareció unos segundos después. Pero no tomó represalias y despreció los consabidos gritos,

retos y combates de focas que hacían del baño el mejor momento del día.

Les recibió la arena caliente. Se zurraron a conciencia; Vinca, armada con una piedra, apuntó a un pequeño arrecife cornudo y dio en el blanco a cincuenta metros, mientras Philippe se maravillaba desconfiado, olvidando que él mismo había formado a su amiga en esos juegos de chicos. Se sentía blando, superior a sí mismo, próximo a desfallecer; ninguna arrogancia masculina revelaba que la noche anterior había huido de la casa de su infancia para correr su primera aventura amorosa.

—¡Son las doce! ¡Phil! Están dando las doce en la iglesia, ¿oyes?

Vinca, de pie, sacudía las puntas húmedas e iguales de sus cabellos. Al comenzar a caminar aplastó un cangrejo, que crujió como una nuez. Philippe sintió una crispación terrible.

—¿Qué pasa? —dijo Vinca.

—Has pisado un cangrejo...

Ella se volvió, mostró al gran sol sus mejillas de melocotón moreno, sus ojos de un azul definitivo, sus dientes blancos y el rojo interior de su boca.

—¿Y qué? No es el primero. ¿Y cuando tú pones como cebo en la camaronera un cangrejo descuartizado?

Se adelantó a Philippe y franqueó de un salto un hoyo de duna. Durante la fracción de un segundo, él la vio suspendida, despegada de la tierra, con los pies juntos, inclinada y con los brazos arqueados como si estuviese cogiendo una brazada de aire.

«Creía que era más dulce», pensó Philippe.

El almuerzo le impidió recordar su experiencia nocturna; a esas horas del mediodía se encontraba amodorrado y con pocas fuerzas para remover en el fondo de su negro refugio. Tuvo que soportar los comentarios sobre su palidez poética y las críticas por su silencio y su falta de apetito. Vinca devoraba todo e irradiaba una ofensiva alegría. Phil la observaba sin benevolencia, notaba el vigor de sus manos al cascar los bogavantes y el altivo movimiento del cuello cuando se echaba hacia atrás el pelo.

«Debería alegrarme —pensó—. Ella no duda de nada». Pero al mismo tiempo le molestaba esa serenidad inexorable y pedía con toda su alma que Vinca temblase como una gramínea, que estuviese consternada por una traición que debería haber presentido, como una de esas tormentas indecisas que, durante el verano, vagan en torno a la bahía bretona.

«Ella dice que me quiere. Me quiere. Sin embargo, estaba más inquieta *antes...*».

Después de comer, Vinca bailó con Lisette al son del fonógrafo. Obligó a Philippe a bailar también. Consultó el calendario de las mareas, preparó las redes para la marea baja de las cuatro, envolvió a Philippe, y a toda la casa, con sus gritos de estudiante mientras buscaba el bramante y la vieja navaja, y despedía a su paso el olor a yodo y a algas de su jersey de pesca, que estaba agujereado. Philippe, cansado, invadido al fin por el sueño que sigue a las catástrofes y a las grandes dichas, la

seguía con una mirada vindicativa, apretando nerviosamente los puños.

«¡Bastarían tres palabras para cerrarle la boca!»... Pero sabía que no pronunciaría esas tres palabras, y languidecía de ganas de dormir en un hoyo de arena cálida, con la cabeza sobre las rodillas de Vinca...

A lo largo de la costa encontraron camarones y trillas, que se hinchaban de aire para ahuyentar al agresor con sus aletas de abanico y su garganta arco iris. Pero Phil seguía perezosamente a los animalillos de las rocas y a los que traían las olas. Le molestaba el sol reflejado en las charcas y se deslizaba como un novato entre las cabelleras viscosas del musgo marino. Capturaron un bogavante, y Vinca hurgó ansiosa en el «muelle» donde vivía un congrio.

—¿Ves cómo lo tengo cogido? —gritó ella mostrando el extremo del gancho teñido de sangre rosa.

Phil palideció y cerró los ojos.

—¡Suelta a ese animal! —dijo con voz sofocada.

—¡Qué te crees tú eso! Te aseguré que lograré hacerme con él... Pero ¿qué te pasa?

—Nada.

Ocultaba lo mejor posible un dolor que no comprendía. ¿Qué había conquistado, pues, la noche pasada, en la sombra perfumada, entre unos brazos deseosos de hacerlo hombre y victorioso? ¿El derecho a sufrir? ¿El derecho a desfallecer de debilidad ante una niña inocente y dura? ¿El derecho a temblar inexplicablemente ante la vida delicada de los animales y la sangre que brotaba de su fuente?

Respiró sofocadamente, se llevó las manos a la cara y rompió en sollozos. Lloró con tal violencia que no tuvo más remedio que sentarse; Vinca se mantuvo de pie, armada con su gancho mojado de sangre, como un verdugo. Se inclinó; no hizo ninguna pregunta, pero escuchó como un músico el acento, la modulación nueva e inteligible de los sollozos. Alargó una mano hacia la frente de Philippe y la retiró antes de tocarle. El estupor desapareció de su rostro, del que se apoderó una expresión de severidad, una mueca amarga y tiste que carecía de edad, y un menosprecio completamente viril por la debilidad sospechosa del muchacho que lloraba. Luego, recogió con cuidado el cabás de rafia, en el que saltaban unos peces, y su camaronera; se ciñó a la cintura el gancho como si fuese una espada y se alejó con paso firme, sin mirar atrás.

## Capítulo 13

No la volvió a ver hasta un poco antes de la cena. Ella había cambiado su ropa de pesca por el vestido de crespón azul, fiel al color de sus ojos, festoneado de rosa. Phil se dio cuenta de que llevaba medias blancas y zapatos de ante, y este atuendo dominical lo inquietó.

—¿Hay alguien invitado a cenar? —preguntó a una de las Sombras familiares.

—Cuenta cubiertos —respondió la Sombra encogiéndose de hombros.

Agosto ya estaba terminando y ya se cenaba a la luz de las lámparas, con las puertas abiertas al poniente verde, donde aún nadaba un huso de cobre rosa. El mar desierto, de un azul-negro de golondrina, dormía, y cuando los comensales callaban se oía el pequeño flujo cansino y regular de las mareas bajas. Philippe buscó, entre las Sombras, la mirada de Vinca, para probar la fuerza de ese hilo invisible que los mantenía unidos desde hacía tantos años y que los preservaba, exaltados y puros, de la melancolía que agobia el final de la comida, el final de la estación, el final de la jornada. Pero ella tenía los ojos clavados en su plato, y la luz de la lámpara colgante pulía sus párpados abombados, sus mejillas redondas y morenas y la pequeña barbilla. Entonces él se sintió abandonado y buscó —más allá de la península en forma de león que avanzaba, coronada de tres estrellas temblorosas, sobre el mar— el camino, blanco en la noche, que llevaba a *Ker-Anna*. Unas horas aún, un poco más de ceniza azul en el cielo teñido de aurora por el poniente, unas cuantas frases rituales más, como: «Eh, eh, que ya son las diez. ¡Niños, parece que os habéis olvidado de que aquí nos acostamos a las diez!». «Fíjese, *madame* Audebert, que hoy no he hecho nada de extraordinario y, sin embargo, me siento tan cansado como si no hubiera parado...». Los tintineos de la vajilla, el duro claqueteo de las fichas de dominó en la mesa vacía, algún gimoteo de Lisette que, aun cayéndose de sueño, no quería ir a acostarse... Un nuevo intento por reconquistar la mirada, la sonrisa interior, la confianza de Vinca, misteriosamente herida, y sonaría la hora, la misma hora que, la víspera, había visto a Philippe marcharse furtivamente... Pensó en ello sin un deseo preciso, sin plan preestablecido y como obligado, por el humor de Vinca, a batirse en retirada hacia otro refugio, otro hombro más dulce, un calor eficaz y urgente para este convaleciente placer, maltratado, además, por la hostilidad apasionada de un adolescente...

Uno a uno se fueron cumpliendo todos los ritos; una sirvienta se llevó a Lisette lloriqueando y *madame* Ferret puso, sobre la mesa espejeante, el seis doble.

—¿Vienes, Vinca? ¡Qué molestos resultan estos bómbrices chocando continuamente contra las lámparas!...

Ella le siguió sin responder, y ambos pudieron contemplar todavía, cerca del mar, esa claridad que deja tras de sí durante tanto tiempo el crepúsculo.

—¿Quieres que vaya a buscar tu chal?

—No, gracias.

Caminaron bañados de un vaho azul muy ligero, que subía del prado de mar y que olía a serpol. Philippe se abstuvo de coger el brazo de su amiga y se asustó de su discreción.

«Dios mío, ¿qué pasa entre nosotros? ¿Es que ya no nos reconocemos mutuamente? Ya que ella ignora lo que ha pasado *allí*, tal vez yo deba olvidarlo; ¿volveremos a ser felices como antes, desgraciados como antes, uno solo como antes?».

Pero no añadió a su deseo una fe hipnótica, pues Vinca caminaba a su lado fría y tranquila como si su gran amor la hubiese dejado y no percibiera la angustia de su compañero. Así pues, Phil sintió que se acercaba la *hora* y experimento una trepidación similar a la fiebre que tuvo después del día en que, picado por un pejeaña, sintió en su brazo vendado la quemazón reavivada por la marea creciente...

Se detuvo y se enjugó la frente:

—Me ahogo. No me encuentro bien, Vinca.

—No estás bien, desde luego —repitió haciendo eco la voz de Vinca.

Él creyó que se trataba de una tregua y se apresuró a decirle con la voz y con el gesto:

—¡Qué amable eres!

—No —cortó ella—, no soy amable.

Esta frase infantil dio esperanza a Philippe, que agarró el brazo desnudo de su amiga.

—Sé que estás enfadada conmigo porque he llorado como una mujer...

—No, como una mujer, no...

Él se sonrojó en la oscuridad e intentó excusarse...

—Date cuenta. Ese congrio al que estuviste atormentando en su agujero... Su sangre en tu gancho para bogavantes. De repente, sentí que el corazón me fallaba.

—¡Ah! Sí, el corazón te fallaba...

Fue tan inteligente el sonido de su voz que Philippe, asustado, contuvo la respiración. «Lo sabe todo». Él esperó el consabido rapapolvo y una explosión de lágrimas y quejas. Pero Vinca permaneció muda, y tras una larga pausa, como la calma que sigue a la tormenta, Phil se atrevió a hacer una tímida pregunta:

—¿Y basta esa debilidad mía para que, según parece, hayas dejado de quererme?

Vinca volvió hacia él la mancha nebulosa y clara de su rostro, comprimido entre los dos setos rígidos del pelo:

—Phil, yo sigo queriéndote. Desgraciadamente, eso no cambia nada.

Él sintió como el corazón, que latía con una fuerza desacostumbrada, chocaba contra su garganta:

—¿Sí? Entonces me perdonas el haber sido tan «niñita», tan ridículo.

Ella sólo dudó un segundo:

—Claro que te perdono, Phil. Pero tampoco eso cambia la situación.

—¿Qué situación?

—La de nosotros dos.

Ella hablaba con una suavidad sibilina que él no se atrevió a seguir poniendo a prueba y que no le proporcionaba la más mínima alegría. Sin duda Vinca captó su movimiento de repliegue mental, ya que añadió en seguida:

—¿Te acuerdas de las escenas que me hacías y que yo te hacía a ti, no hace ni siquiera tres semanas, porque estábamos impacientes por tener que esperar aún cuatro o cinco largos años para poder casarnos?... Pues hoy, Phil, creo que me gustaría volver hacia atrás y hacerme niña.

Él esperó que ella subrayase, que comentase ese hábil, ese insidioso «hoy», suspendido en el aire puro y azul de la noche de agosto. Pero Vinca ya sabía armarse de silencio. Él insistió:

—Entonces, ¿ya no me guardas rencor? ¿Mañana volveremos a ser Vinca y Phil, como siempre? ¿Para siempre?

—Para siempre, si quieres Phil... Venga, volvamos, hace fresco.

Ella no había repetido «como siempre». Pero Phil se contentó con este juramento incompleto y con la fría manecita que él apretó un momento, pues en ese instante la garrucha del pozo que se desenrollaba, el cubo vacío que golpeaba en las paredes cóncavas, las cortinas de una ventana abierta que chirriaba al correrse, los últimos ruidos humanos de la jornada, recordaron a Philippe la hora, la misma hora que él había aguardado, la víspera, para abrir la puerta de la villa y salir corriendo en secreto... ¡Ah!, luz sorda y roja de una habitación desconocida... ¡Ah!, el negro bienestar, la muerte alcanzada por grados, la vida recobrada mediante lentos aletazos...

Como si hubiese esperado, desde la víspera, una especie de absolución por parte de Vinca, absolución ambigua que ella acababa de concederle, tan sincera en la expresión como reticente en las palabras, Phil evaluó de repente, como un hombre, el don que le había entregado un ángel perverso y autoritario.

## Capítulo 14

—¿Ya está fijado el día de vuestra salida para París? —preguntó *Madame Dalleray*.

—Solemos volver sobre el veinticinco de septiembre —respondió Philippe—. Algunas veces la fecha de nuestra salida es el veintitrés, el veinticuatro o el veintiséis. Pero no varía generalmente más de dos días.

—En resumen, os iréis dentro de quince días..., hacia esta misma hora.

Philippe apartó su mirada del mar —llano y blanco cerca de la arena, y a lo lejos color lomo de atún bajo las nubes bajas— y se volvió con extrañeza hacia *Madame Dalleray*. Envuelta en una tela amplia y blanca a la manera de las mujeres de Tahití, estaba fumando gravemente; su peinado era sencillo, y los polvos que se había echado eran del mismo color que su piel. Nada en ella revelaba que el joven sentado no muy lejos, bello y moreno como ella, fuese otra cosa que su hermano pequeño.

—Es decir, dentro de quince días, ¿dónde estarás, a esta misma hora?

—Estaré... en el *Bois*, en el lago. O bien jugando al tenis en Boulogne, con... con unos amigos.

Se puso colorado, pues estuvo a punto de escapársele el nombre de Vinca; *Madame Dalleray* sonrió, con una sonrisa varonil que le hacía parecer a menudo un apuesto muchacho. Philippe se volvió hacia el mar para ocultar al menos su rostro, que reflejaba un mal humor de diosecillo enojado. Una mano firme y aterciopelada se posó sobre la suya. Entonces, sin apartar la mirada del mar apagado, una expresión de agonía dichosa subió de su boca entreabierta a sus ojos, cuyo brillo blanco y negro se apagó entre los párpados...

—No hay por qué estar triste —dijo dulcemente *Madame Dalleray*.

—No estoy triste —protestó vivamente Philippe—. Usted no puede comprender...

Ella inclinó su cabeza de brillante pelo.

—Es cierto, no puedo comprender. No todo.

—Oh...

Philippe contemplo, con una desconfianza religiosa, a la que le había liberado de un secreto temible. ¿Resonaba aún en esos oídos el grito bajo, sofocado, como el grito de alguien a quien se le corta la garganta? Esos brazos, llenos de músculos imperceptibles, lo habían transportado —ligero, desvanecido— de este mundo a otro distinto; esa boca ávida de palabras se había acercado para transmitir a su boca una sola palabra todopoderosa y para murmurar, indistinto, un canto que provenía como un eco débil, de las profundidades donde la vida es una terrible convulsión... Ella lo sabía todo...

—No todo —repitió ella como si el silencio de Philippe hubiese pedido una respuesta—. Sé que no le gusta que le hagan preguntas, y yo a veces soy un poco indiscreta...

«Sí, como el relámpago —pensó Philippe—. En el instante que dura el zigzag de

un rayo, estamos obligados a enseñarle lo que el mismo mediodía deja en la sombra...».

—Y me gustaría saber si va a sentir dejarme.

El joven bajó los ojos y los posó en sus pies descalzos. Su túnica de seda bordada lo hacía más bello, a la manera oriental.

—¿Y usted? —preguntó con torpeza.

La ceniza del cigarrillo que *Madame Dalleray* tenía entre los dedos cayó en la alfombra.

—No estamos hablando de mí. Se trata de Philippe Audebert, no de Camille Dalleray.

Él levantó los ojos hacia ella, mostrando la extrañeza que una vez más, le causaba ese nombre asexuado. «Camille... Es verdad, se llama Camille. Podía prescindir de él. Para mí se llama *Madame Dalleray*, la Dama de blanco, o Ella...».

Ella fumaba lentamente y contemplaba el mar. ¿Joven? Sí, podía afirmarse que era joven: unos treinta y dos años. Impenetrable como los seres sosegados, cuya mayor expresión no sobrepasa la ironía moderada, la sonrisa y la gravedad. Sin retirar su mirada de la extensión donde se estaba preparando una tormenta, puso de nuevo su mano sobre la de Philippe y la apretó, indiferente a él y pensando en su propio placer egoísta. Con esa mano pequeña y poderosa sobre la suya, él habló, forzado a hacer su confesión como el fruto exprimido derrama su jugo:

—Sí, lo sentiré. Pero espero no ser desgraciado.

—¿Sí? ¿Y por qué lo espera?

Él le sonrió débilmente y se mostró enternecedor, torpe, tal como a ella, en secreto, le gustaba que fuera.

—Porque pienso que se las ingeniara usted para hacer algo... Sí, ¿ha pensado usted en algo?

Ella se encogió de hombros y alzó sus cejas persas. Se esforzó un poco para envolver su sonrisa con la serenidad y el desdén habituales.

—Que si he pensado algo... —repitió ella—, es decir, si no comprendo mal, si le invitaré a mi casa como hago ahora, si es que ello me place aún, y usted no pensará más que en reunirse conmigo, cuando sus obligaciones escolares y... familiares se lo permitan, ¿no es así?

Él se mostró sorprendido por el tono, pero aguantó la mirada de *Madame Dalleray*:

—Sí —contestó—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Me lo reprocha? No soy un vagabundo que anda suelto. Además, no tengo más que dieciséis años y medio.

Ella fue ruborizándose paulatinamente.

—Yo no le reprocho nada. Pero ¿no imagina usted que una mujer... otra mujer distinta a mí, naturalmente, podría ofenderse al notar que usted desea, de ella, sólo una hora de soledad?

Phil la escuchaba con atención leal de escolar, con sus ojos abiertos de par en par



y fijos en esa boca reticente, en esos ojos celosos que, sin embargo, no reivindicaban nada.

—No —dijo él sin dudar—. No concibo que usted pueda sentirse herida por ello.

«¿Tan sólo eso?». Oh... tan sólo eso...

Se calló, interrumpido de nuevo por la misma palidez, la misma consternación dichosa, la tranquila osadía de Camille Dalleray vació, midiendo bien el respeto que debía a su obra. Como deslumbrado, Philippe dejó caer su cabeza hacia delante, y ese movimiento de sumisión embriagó durante un momento a la conquistadora.

—¿Me ama? —dijo ella en voz baja.

Él se estremeció y la miró asustado.

—¿Por qué... por qué me lo pregunta?

Ella recuperó su sangre fría, su sonrisa dubitativa.

—Por juego, Philippe...

Él permaneció un rato interrogándola con los ojos y censurándola por la temeridad de sus palabras.

«Un hombre maduro me hubiese dicho "sí" —pensó ella—, pero este niño, si sigo insistiendo, va a llorar y a gritarme entre lágrimas y besos que no me ama. ¿Para qué insistir? No me queda más opción que, o bien echarlo, o bien escucharlo mientras tiembla, y comprender por sus palabras el límite preciso de mi ventaja».

Ella notó en el corazón una pequeña contracción dolorosa y se levantó con indiferencia para ir a la abierta bahía, como si hubiera olvidado la presencia de Philippe. Entró el olor de los mejilloncillos azules, descubiertos desde las cuatro de la mañana en la parte baja de las rocas y sedientos de agua de mar, junto con el espeso perfume de saúco hervido que exhalaban las alheñas a punto de florecer.

Acodada y distraída en apariencia *Madame* Dalleray notaba detrás de ella la presencia del joven recostado y soportaba el peso de un deseo que no la abandonaba.

«Me aguarda. Calcula el placer que puede esperar de mí. La pasión que yo he hecho nacer en él se la podía haber infundido cualquier otra. Pero este pequeño burgués timorato se crispa cuando le hago preguntas sobre su familia, se anda con remilgos al hablarme de su colegio y se encierra en un bastión de silencio y pudor a la hora de nombrar a Vinca... Sólo ha aprendido de mí lo más fácil... Lo más fácil... Siempre igual: trae, deposita y vuelve a llevarse, como un vestido, su... su...».

Se dio cuenta de que acababa de vacilar ante la palabra «amor», y se apartó de la ventana. Philippe vio como se acercaba con avidez y posaba los brazos sobre sus hombros: con un empujón algo brusco hizo zozobrar, en su brazo desnudo, la cabeza morena de Phil. Cargada de esa forma, se precipitó hacia el estrecho y oscuro reino donde su orgullo podía creer que la queja es la confesión de la desesperación y donde las pedigüeñas de su condición beben la ilusión de liberalidad.

## Capítulo 15

Durante varias horas de la noche, una lluvia ligera había evaporado la salvia, barnizado las alheñas, las hojas inmóviles de las magnolias, y adornado de perlas, sin romperlas, las gasas protectoras con que se envolvía, en un pino, el nido de las orugas procesionarias. El viento dejaba reposar al mar, pero cantaba por debajo de las puertas con una voz débil y tentadora, cargada de recuerdos del año pasado y evocando apagadamente castañas asadas y manzanas maduras... Instigado por él Philippe se puso, al levantarse, el jersey de cuello alto azul oscuro debajo de la chaqueta de tela y desayunó el último, como le venía sucediendo desde que su sueño, menos puro y menos tranquilo, empezaba más tarde en la noche. Corrió en busca de Vinca como si fuese buscando, más allá de la sombra de una pared, una terraza luminosa. Pero no la encontró ni en el hall, donde la humedad avivaba el olor del artesonado barnizado y de tela de cáñamo, ni en la terraza. Un vapor de lluvia impalpable incensaba el aire y se adhería a la piel sin mojarla. Una hoja de tiemblo, amarilla, despegada, se balanceó un momento delante de Philippe con una gracia intencionada, luego zozobro y cayó en picado, investida súbitamente de un peso invisible. Philippe aguzó el oído y oyó en la cocina el ruido invernal del carbón echado al horno. En una habitación, la pequeña Lisette protestó con voz aguda y después estuvo llorando un rato.

—¡Lisette! —gritó Philippe—. Lisette, ¿dónde está tu hermana?

—¡No sé! —gimió una vocecilla resfriada de lágrimas.

Una brusca ráfaga de viento arrancó un trozo de pizarra del tejado y la lanzó en pedazos a los pies de Philippe, quien la miró con estupor, como si el destino hubiese roto delante de él un espejo que augura siete años de desgracias... Se sintió niño y muy alejado de la felicidad. No tuvo ningún deseo de llamar a la que en la finca sombreada por los pinos, un poco más abajo, al otro lado del cabo en forma de león, hubiese gozado al verlo pusilánime y proclive a apoyarse en alguna indomable energía femenina... Dio la vuelta a la casa; no descubrió ni la cabeza rubia de su amiga, ni su vestido azul —color de cardo azul—, ni su vestido blanco de algodón esponjoso de un blanco de champiñón fresco. Las dos piernas morenas de Vinca, de rodillas secas y finas, no se apresuraron a su encuentro; sus ojos azules, con dos o tres tonalidades de azul y algo de malva, no florecieron por ninguna parte para que él reposara allí los suyos...

—¡Vinca! ¿Dónde estás, Vinca?

—Estoy aquí, hombre —respondió una voz sosegada cerca de él.

—¿En el cuarto de los trastos?

—Sí, aquí.

Agachada, bajo la luz fría de aquel cuarto sin ventana que sólo recibía claridad por la puerta, Vinca estaba removiendo varias telas extendidas en un trapo usado.

—¿Qué haces?

—Ya lo ves. Estoy ordenando todo esto un poco y desechando algunas cosas. Nos iremos pronto; y hay que..., mamá me lo ha dicho...

Miró a Philippe y descansó un momento con los brazos cruzados sobre sus rodillas dobladas. Él juzgó su postura pobre y paciente, y se irritó.

—¡No corre tanta prisa! Además, ¿por qué lo estás haciendo tú?

—¿Quién lo va a hacer si no? Mamá no puede a causa de su reuma cardíaco.

—Pero la criada si puede.

Vinca se encogió de hombros y reanudo la tarea con el ronroneo característico de las laboriosas abejas:

—Éstos son los bañadores de Lisette... el verde... el azul... el de rayas... La verdad es que están para tirarlos... Éste es mi vestido de festón rosa... Todavía se le puede dar algún lavado... Un par, dos pares, tres pares de alpargatas mías... Y esto, de Phil... Y esto también... Dos viejas camisas caladas de Phil... Las sisas están rotas, pero la pechera está bien...

Extendió el tejido calado, descubrió dos sietes e hizo una mueca. Philippe la contemplaba con disgusto, sufriendo, con cierta hostilidad. Le molestaba esta hora matinal, la luz gris del color de las tejas, la humildad de la tarea. Recordó de pronto las de amor escondido allí, en *Ker-Anna*, e involuntariamente estableció una comparación, comparación que todavía no afectaba a la persona de Vinca; Vinca, la religión de toda su infancia; Vinca, abandonada respetuosamente por la dramática y necesaria embriaguez de una primera aventura.

La comparación comenzó ahí, entre esos pingajos esparcidos sobre un lienzo zurcido, entre esas paredes de ladrillo visto, ante esa niña vestida con un guardapolvos violáceo, descolorido en los hombros. Ella seguía su trabajo arrodillada; lo interrumpió para echar hacia atrás su pelo bien cortado, húmedo y suave por el baño cotidiano y el aire salado. Hacía quince días que se mostraba menos alegre y más calmada, con un obstinado equilibrio en su estado de ánimo que inquietaba a Philippe. ¿Habría preferido realmente morir con él esta joven hacendosa, peinada a lo Juana de Arco, a tener que aguardar el momento de amar libremente? El muchacho del ceño fruncido ponderaba el cambio producido, si bien la contemplaba sin apenas pensar en ello. Al tenerla presente cesaba el peligro de perderla, y no le atormentaba la urgencia de recobrarla. Pero a causa de ella había surgido una comparación. Una facultad nueva de sentir, de sufrir inopinadamente, y una especial intolerancia, de las que le había dotado recientemente una bella pirata, se inflamaban al menor roce, así como esa leal injusticia y el principio de elevación que consiste en reprochar al mediocre su mediocridad y su filosofía. Estaba descubriendo no sólo el mundo de las emociones que, a la ligera, se denominan físicas, sino también la necesidad de embellecer, materialmente, el altar donde vibra una perfección insuficiente. Empezaba a conocer el hambre incipiente de lo que satisface a las manos, a los oídos y a los ojos —el terciopelo, la música estudiada de una voz, los perfumes. No se lo reprochaba, porque se sentía mejor al contacto de una

embriagadora superficialidad y porque ciertas ropas de sedería oriental, asociadas con la sombra y el secreto de *Ker-Anna*, le ennoblecían el alma.

Obedeció, torpemente, a un designio impreciso y generoso. Incapaz de revelarse a sí mismo que deseaba a una Vinca incomparable, bien arreglada y ungida de bálsamos, se limitó a constatar la pena que experimentaba al verla postrada e ingenuamente afeada. Se le escaparon algunas palabras duras, a las que Vinca no respondió. Se puso un poco agrio, y ella le replicó justo para que él le lanzara toda una serie de injurias; luego se avergonzó de su violencia. Le costó trabajo recobrar los buenos modales y excusarse con una especie de contradicción baladí, que le resultó agradable. Entre tanto, Vinca seguía atando con sus manos pacientes las sandalias por pares y volviendo del revés los bolsillos de los suéteres usados, llenos de conchas rosas e hipocampos secos...

—Que sepas que la culpa es tuya —concluyó Philippe—. Tú no respondes nada, entonces yo pierdo los estribos... ¿Por qué te dejas maltratar?

Ella lo envolvió con una mirada de mujer sagaz, experta en los cálculos y las concesiones del gran amor:

—Porque, mientras me atormentas —dijo—, al menos estás ahí...

## Capítulo 16

«Este año se acaba lo nuestro aquí —pensaba Philippe algo decaído, mientras miraba el mar—. Vinca y yo, una realidad lo suficientemente doble como para ser dos veces más feliz que una individualidad; una realidad que fue Phil-y-Vinca va a morir aquí este año. ¿No es terrible? ¿Y yo no puedo impedirlo? Aquí estoy con los brazos cruzados... y esta noche, después de las diez, quizá vaya una vez más, la última vez de las vacaciones, a casa de *Madame Dalleray*...».

Inclinó la cabeza y sus cabellos negros, plañideros, quedaron suspendidos en el aire.

«Si tuviese que ir ahora, justo en este instante, a casa de *Madame Dalleray*, me negaría. ¿Por qué?».

Blanca bajo un sol tristón aprisionado entre dos nubes tormentosas, la carretera que llevaba a *Ker-Anna*, pegada a la ladera de la colina, ascendía y luego ocultaba su final detrás de un grupo de enebros grises de polvo. Philippe miró a otra parte, lleno de repugnancia que sin embargo, no le hizo perder lucidez. «Sí... Pero esta noche...».

Después de tres meriendas en *Ker-Anna* había renunciado a esas visitas diurnas, temiendo la inquietud de los suyos y las sospechas de Vinca. Por otra parte, su extrema juventud se cansaba en seguida de inventar coartadas. Recelaba también del perfume resinoso que impregnaba toda *Ker-Anna*, así como del cuerpo, lo mismo desnudo que cubierto, de aquélla a la que él nombraba en voz baja, tan pronto con el orgullo de un muchacho libertino como con el remordimiento melancólico de un esposo que ha engañado a una mujer querida, de la que es amante e incluso «amo»...

«Me descubran o no, Vinca y yo hemos de terminar aquí. ¿Por qué?».

Ningún libro, entre todos los que libremente leía, con los codos en la arena o aislado —por pudor más que por miedo— en su habitación, le había enseñado que debiera permanecer en un naufragio tan corriente. En las noches suele haber cientos de páginas como preparación al amor físico; el acontecimiento como tal ocupa quince líneas. Philippe buscaba en vano, en su memoria, el libro donde estuviera escrito que un joven no se libera de la infancia ni de la castidad por una sola caída, sino que sigue tambaleándose, con oscilaciones profundas y casi sísmicas, durante muchos días...

Philippe se levantó y camino a lo largo del prado de mar desgastado y desmoronado en el borde por las mareas del equinoccio. Una mata de aliagas, florecida de nuevo, se asomaba a la playa agarrada y sostenida por una delgada cabellera de raíces. «Cuando yo era pequeño —se dijo Philippe—, la mata de aliagas no se asomaba a la playa. El mar se ha tragado todo esto —por lo menos un metro— mientras yo crecía... Y Vinca asegura que es la mata de aliagas la que ha avanzado...».

No lejos de esta mata se abría esa cañada redonda, alfombrada de cardos de luna, la cañada que, a causa del color de los cardos azules, recibía el nombre de «Los Ojos

de Vinca». Era allí donde, un día, Philippe había hecho a escondidas una gavilla de cardos en flor, espinoso homenaje arrojado por encima del muro de *Ker-Anna*. Hoy, las flores secas, en los laterales de la cañada, parecían quemadas... Philippe se detuvo allí un momento; demasiado joven para sonreír ante el sentido misterioso con que el amor envuelve a la flor muerta, al pájaro herido o a la alianza rota, se limitó a sacudirse la morriña: ensanchó los hombros y echó hacia atrás sus cabellos con un movimiento arrogante y tradicional, dirigiéndose mentalmente reproches que no habrían desentonado en absoluto en una novela para jóvenes principiantes.

«¡Venga ya! ¡Basta de debilidades! ¡Puedo afirmar con toda la razón del mundo que este año soy un hombre! En cuanto a mi porvenir...».

Oyó sus propios pensamientos y se ruborizó. ¿Su porvenir? Un mes antes todavía había pensado en él. Un mes antes había visto su porvenir pintado de detalles precisos y pueriles sobre un gran fondo difuso —su porvenir, con su antesala de exámenes, de un nuevo curso de bachillerato, de trabajos ingratos aceptados sin demasiada amargura, porque «no hay más remedio, ¿verdad?»— y el porvenir de Vinca enriqueciendo el suyo, el porvenir maldito o bendito en nombre de Vinca.

«Al principio de las vacaciones —pensó Philippe—, yo tenía mucha prisa. Y ahora...». Esbozó una sonrisa, una mirada de hombre desdichado. Su labio se iba oscureciendo día a día; el primer vello, pelusilla fina, que es al bigote lo que el heno a la hierba tiesa de los campos, iba hinchando paulatinamente su boca como la de un niño triste. A esa boca se dirigía una y otra vez, impenetrable, casi vengativa, la mirada de Camille Dalleray.

«Mi porvenir, vamos a ver, mi porvenir... Es muy sencillo... Si no estudio derecho, mi porvenir está en el almacén de papá: neveras para hoteles; faros, piezas de recambio y accesorios para coches. La reválida, e inmediatamente después la tienda, los clientes, la correspondencia... Papá no gana en ella ni para mantener el coche. ¡Ah!, y el servicio militar... ¿En qué estaba pensando?... Digamos que, una vez que haya aprobado la reválida...».

Su esfuerzo se vino abajo de pronto, desbaratado por un aturdimiento ilimitado, por una profunda indiferencia hacia todo lo que le aguardaba en el futuro —futuro que, sin embargo, no encerraba demasiados secretos—. «Si haces la mili en los alrededores de París, entonces yo, durante ese tiempo...». La vocecilla amante de Vinca murmuró, en la memoria de Philippe, una infinidad de proyectos concebidos ese mismo verano y que ahora yacían, irrelevantes y pálidos, sobre un fondo de imprenta, carentes de toda iluminación. La zona coloreada de sus esperanzas no superaba el final del día, la hora de la cena, de jugar al ajedrez con Vinca o Lisette —sobre todo con Lisette, cuyos ocho años agresivos, avispados ojos y precocidad calculadora aliviaban a Philippe de su fardo sentimental—; no superaba, en fin, la hora de ir a entregarse al placer...

«Aunque tampoco —pensó— es seguro que vaya a ir. Como no soy ningún loco contando los minutos ni vuelto continuamente hacia *Ker-Anna* como un girasol hacia

la luz, puedo reivindicar el derecho de ser yo mismo, de seguir sacando gusto a todo lo que me gustaba *antes...*».

No se daba cuenta de que, al servirse de esta palabra, estaba dividiendo su existencia en dos partes nítidamente diferenciadas. No sabía todavía durante cuánto tiempo todos los acontecimientos de su vida deberían tropezarse con ese jalón, referencia milagrosa y trivial: «¡Ah!, sí, eso era *antes...* Recuerdo que eso sucedió un poco *después...*».

Pensó, con desdén y envidia, en esos compañeros de clase que temblaban mientras esperaban su turno en un umbral innoble, que franqueaban finalmente silbando, mintiendo, asqueados y fanfarrones. Luego no volvían a pensar más en ello, sin necesidad de tener que interrumpir los estudios, los juegos, los cigarros clandestinos y los debates políticos y deportivos. «Mientras que yo... ¿será culpa de Ella que yo no desee nada, ni siquiera a ella misma?».

Un «tapón» de bruma, venido de alta mar, estaba invadiendo la costa. Había empezado por una cortinilla deshilachada sobre el mar, errante, incapaz casi de cubrir un islote rocoso. Después un golpe de viento lo había atrapado, agitado y depositado vertiginosamente en la bahía, donde permaneció espeso y opaco. Philippe, inmerso en la bruma, vio desaparecer en un momento mar, playa y casa, y empezó a toser en un baño de vapor. Familiarizado con los prodigios del clima marino, esperó que un segundo golpe de viento disipase al primero; entretanto, se habituó a esos limbos, a esa ceguera simbólica, en cuyo fondo brillaron su rostro sosegado —recortado sobre sus cabellos como una luna pura— y las manos ociosas que apenas hacían ningún movimiento. «Ella está inmóvil... pero que me devuelva a mí el curso del tiempo, la prisa, la impaciencia, la curiosidad... No es justo... Y no se lo perdonaré...».

Jugaba a ser rebelde e ingrato. Un niño de dieciséis años y medio ignora que un orden impenetrable coloca, en el camino de aquellos cuyo amo los está convirtiendo en amantes apresurados por vivir e impacientes por morir, a alguna que otra bella misionera portadora de un evangelio carnal que detiene el tiempo, adormece y contenta el espíritu, y aconseja al cuerpo madurar a su sombra.

El «tapón» de bruma se disolvió de repente, aspirado en el aire, como la sábana que se retira y deja una franja de agua efímera en cada puñal de hierba, un rocío de perlas en las hojas afelpadas, y un barniz húmedo en las glabras.

El sol de septiembre vertió una luz limpia amarilla renovada sobre el mar, azulada a lo lejos y verdosa en la costa a causa de las arenas sumergidas.

Pasada la bruma marina Philippe respiró de placer, como quien emerge bañado de aire y claridad de un túnel sofocante. Se volvió hacia la tierra para ver gotear, entre las fallas de los peñascos, el oro de las aliagas florecidas, y se estremeció al encontrar detrás de él, como un espíritu transportado y olvidado por la bruma, a un chiquillo silencioso.

—¿Qué quieres, chavalín? ¿No eres tú el hijo de la cancalesa que nos vende el pescado?

—Sí —contestó.

—¿No hay nadie en la cocina? ¿Buscas a alguien?

El chicuelo sacudió el polvo de sus cabellos pelirrojos.

—Es que la dama me ha dicho...

—¿Qué dama?

—Me ha dicho: «Dile a *monsieur* Phil que me he marchado».

—¿Qué dama?

—No sé. Ella me ha dicho: «Dile a *monsieur* Phil que no he tenido más remedio que irme hoy».

—¿Dónde te ha dicho eso? ¿En la carretera?

Sí... Desde su coche.

Philippe cerró un momento los ojos y se pasó la mano por la frente, parlotando con énfasis: «Vaya, vaya, vaya... Desde su coche, ¿eh?... Muy bien... Bueno, bueno...». Abrió de nuevo los ojos, buscó al mensajero, que ya no estaba allí, y creyó haber tenido uno de esos sueños breves, esbozados crudamente y brutalmente borrados, que engendra la siesta. Pero en el sendero del acantilado vio al niño maléfico que se alejaba, con su matojo de pelo y un remiendo azulina y cuadrado en el pantalón.

Philippe adoptó un aire disimulado y presumido, como si le estuviera viendo aún el muchacho de Cancale.

«¡Bah!, el que se haya ido no cambia gran cosa. Un día antes o después..., de todas formas tenía que irse».

Pero empezó a notar una sensación extraña, casi totalmente física, al nivel del estómago. Dejo que esa sensación aumentase, inclinando la cabeza en un ademán pensativo y como si hubiese escuchado un consejo misterioso.

«Con una bicicleta, quizá... Pero ¿y si no está sola? No he caído en preguntar al chico si estaba sola...».

Se oyó el claxon de un coche lejano, en la carretera de la costa. Su tono grave y sostenido quedó en suspenso durante un rato, como el dolor producido por un golpe bajo.

«Al menos ya no tengo necesidad de preguntarme si esta noche voy a ir a su casa...».

Imaginó de pronto la villa *Ker-Anna* cerrada a la luz de la luna, con los postigos grises, la verja negra, los geranios prisioneros, y sintió un escalofrío. Se recostó en un repliegue del prado seco, haciéndose un ovillo a la manera de los perros de caza atacados por alguna enfermedad, y comenzó a escarbar en la hierba arenosa con un movimiento regular de ambos pies. Cerró los ojos, pues el paso de unas nubes gruesas —con su blancura espesa e hinchada— le estaba produciendo ligeras náuseas. Arañaba rítmicamente la hierba, canturreando al mismo tiempo; como la mujer en trance de dar a luz que mece su fruto y se queja progresivamente hasta dar el gran grito.



Philippe abrió los ojos, extrañado, y recobró plenamente el sentido.

«Pero... ¿qué me está ocurriendo? Sabía perfectamente que ella se iría antes que nosotros. Tengo su dirección de París, su número de teléfono... y, además, ¿qué pasa con que se vaya? Es mi amante, no mi amor...; puedo vivir sin ella».

Se incorporó, desgranó de las lanzas de hierba los rosarios de caracoles trepadores a los que las vacas son tan aficionadas. Se dejó invadir por la risa y la grosería.

«Bueno, que se vaya. Probablemente, ésa no vive sola... Nunca me ha hablado de sus aventuras... Bueno, sola o acompañada, lo cierto es que se va. ¿Qué pierdo yo... con eso? Una noche, esta noche. Una noche más antes de mi marcha. Una noche, que ni siquiera estaba seguro de desear hace un rato. Sólo pensaba en Vinca... ¡Bah! Una nohecita de gaudeamus menos; eso es todo...».

Pero por su mente pasó una ráfaga de viento helado barriendo toda la jerga de recluta, la falsa prepotencia, la burla interior, y no dejando más que una superficie mental lisa, una conciencia nítida y fría de lo que representaba la marcha de Camille Dalleray.

«¡Ah! Se ha ido... se ha ido lejos... la mujer que me ha dado... que me ha dado..., ¿cómo llamar a lo que me ha dado? No hay ninguna palabra: Simplemente, me ha dado. Desde el momento que deje de ser el niño que creía en Papá Noel, sólo ella me ha dado. Sólo ella podía quitármelo, y me lo ha quitado...».

Subió un rubor a su cara morena, y sus ojos se llenaron de lágrimas amargas. Se desabotonó la camisa, se pasó los diez dedos por el pelo, bufó de rabia como alguien frenético que acaba de salir de un combate de boxeo, jadeó y gritó con todas sus fuerzas, con una ronca voz infantil:

—¡Justo era esta noche cuando yo quería!

Dirigió el rostro —con el torso apoyado en los puños—, dirigió la mirada hacia *Ker-Anna* invisible: unos cuantos nimbos bajos habían cubierto ya la cima de la colina abandonada; y Philippe aceptó que una malicia todopoderosa arrasara incluso ese punto del mundo en el que había conocido a Camille Dalleray.

Alguien tosió unos cuantos metros más abajo de donde él estaba, en ese sendero de arena inconsistente en el que las piedras planas y los troncos, veinte veces sujetos en forma de escalera rústica, rodaban veinte veces al año hasta la playa. Philippe vio aparecer a ras del prado de mar —y subir lentamente— una cabeza entrecana; con el talento simulador propio de todos los chicos se tragó su angustia, su furor de hombre traicionado, y aguardó, mudo y apacible, la llegada de su padre.

—¿Tú por aquí, muchacho?

—Sí, papá.

—¿Estás solo? ¿Y Vinca?

—No sé, papá.

Casi sin esfuerzo, Phil logró conservar impasible su máscara agradable, avispada de muchachote moreno. Su padre, delante de él, era el mismo de todos los días: un aspecto humano agradable, un poco algodónoso, de contornos borrosos como todas

las criaturas terrestres que no se llamaban ni Vinca ni Philippe ni Camille Dalleray. Phil esperó pacientemente a que su padre recobrase el aliento.

—¿No has pescado nada, papá?

—¡Qué va! Pero he dado un paseo. Lequérec sí que ha pescado un pulpo... ¿Ves mi caña? Pues así de largos son sus tentáculos. Es impresionante. Lisette, si los viera, gritaría del susto. Tened cuidado cuando os bañéis.

—¡Bah! ¡Ya sabes que no es peligroso!...

Philippe se percató de que había empleado un tono demasiado alto y falso, propio de un jovencito picajoso. Los ojos grises y ahuevados de su padre interrogaron a los suyos; resistió con dificultad una mirada que le pareció clara, sin tapujos, limpia del vaho aislante y protector en el que viven, junto a los padres, los hijos llenos de secretos.

—Te disgusta esta partida, ¿verdad?

—¿Esta partida?... Pues...

—Sí. Eres como yo, te disgustará un poco más cada año. La zona, la casa. Y, además, los Ferret... Ya verás lo raro que es encontrar unos amigos con los que se pueda pasar el verano todos los años sin problemas... Aprovecha los últimos momentos, muchacho. Todavía quedan dos días de buena vida. Los hay más desgraciados que tú.

Mientras decía esto, el padre de Phil volvió a sumirse en las sombras de donde lo había sacado una palabra ambigua, una mirada. Philippe le ofreció su brazo para franquear la pendiente resbaladiza, mostrándole esa fría atención piadosa que suele prestar de forma paternal el hijo al padre, siempre que el padre es un hombre tranquilo y maduro y el hijo un adolescente tumultuoso que acaba de inventar el amor, los tormentos de la carne y el orgullo de ser el único, en medio del mundo, que sufre sin pedir ayuda.

Llegados a la zona llana y estrecha donde estaba situada la villa, Philippe soltó el brazo de su padre y pensó en bajar de nuevo a la playa, a ese lugar marcado para siempre en el registro de las grandes soledades.

—¿A dónde vas, muchacho?

—Allá abajo, papá.

—¿Te corre mucha prisa?... Ven un momento. Quiero explicarte algunas cosas referentes a la finca. Hemos decidido comprarla, Ferret y yo. Además, ya lo sabes: hace tiempo que venimos hablando de ello delante de vosotros...

Phil no respondió, no se atrevía ni a mentir ni a confesar que un zumbido sordo lo apartaba de las conversaciones familiares.

—Ven, que te voy a explicar. Primero he pensado —de acuerdo con Ferret— en ensanchar la villa, añadiendo dos galerías laterales, cuyos terrados servirán de sendas terrazas a las habitaciones principales del primero... ¿Me sigues?

Phil movió la cabeza afirmativamente, afectando un gesto sagaz, y se esforzó por escuchar atentamente. A pesar de sus esfuerzos, perdió el hilo a partir de una palabra,

la palabra «saledizo», y descendió mentalmente la pendiente hasta el lugar donde el chavalillo maléfico le había dicho... «saledizo... saledizo... me he quedado en saledizo». Entre tanto seguía moviendo la cabeza, y su mirada, impregnada de una actividad filial, iba y venía de la cara de su padre al tejado suizo de la villa, del tejado a la mano de *monsieur* Audebert, que dibujaba ahora en el aire una nueva arquitectura. «Saledizo...».

—¿Comprendes? Todo eso lo haremos Ferret y yo. O quizá tú y su hija puestos de acuerdo... ¡Quién nos asegura que no nos habremos muerto mañana!

«¡Ah, ya oigo otra vez!», exclamó Philippe para sus adentros, sacudido por una ráfaga de libertad.

—¿Eso te hace reír? No veo qué puede haber de gracioso en ello. Los jóvenes nunca pensáis en la muerte.

—Claro que sí, papá...

«La muerte... Por fin, una palabra familiar, comprensible... Una palabra de todos los días...».

—Hay muchas probabilidades de que te cases con Vinca dentro de unos años. Al menos eso asegura tu madre. Pero también hay muchas probabilidades de que no te cases con ella. ¿Qué es lo que te hace sonreír?

—Lo que estás diciendo, papá...

«Lo que estás diciendo y esa simpleza de los padres, de la gente mayor, de los que, como ellos dicen, han vivido, y su candor, y su turbadora pureza de pensamiento...».

—Observa que no te estoy pidiendo tu opinión al respecto en este momento. Podrías decirme: «Quiero casarme con Vinca», y eso me produciría el mismo efecto que si me confesaras: «No quiero casarme con Vinca».

—¿Ah, sí?

—Sí. No estáis maduros aún. Tú eres un buen chico, pero...

Los ojos grises, saltones del padre, emergieron una vez más de la confusión universal para mirar a Philippe de arriba a abajo.

—Hay que esperar. La dote de la hija de Ferret no será muy grande. Pero eso qué importa. Al principio no se piensa en terciopelo, seda y oro...

«Terciopelo, seda y oro... Ah, el terciopelo, la seda y el oro... rojo, negro y blanco —rojo, negro, blanco—, y el trozo de hielo, tallado como un diamante, en el vaso de agua... Mi terciopelo, mi lujo, mi amante y mi amo... ¡ah!, cómo vivir sin esas cosas superfluas...».

—... Trabajo... Comienzos duros... Serios... Años de pensar en... la época en que vivimos...

«Me duele. Aquí, en el estómago. Y me horroriza ese roquedo violáceo sobre fondo rojo oscuro, blanco y negro, que estoy viendo ahora mismo...».

—Vida en familia... regalada... ¡Pardiez!... ¡Buena vida y buenos alimentos!... ¿Qué te parece?

La boca, las palabras intermitentes, se apagaron ahogadas por un suave ruido de aguas invasoras. Philippe no percibió nada más; sólo un golpe débil en el hombro y un pinchazo de hierba seca en su mejilla. Luego, el ruido de varias voces atravesó de nuevo, como otros tantos islotes acerados, el bramido igual y agradable de las aguas, y Philippe abrió los ojos. Su cabeza reposaba sobre las rodillas de su madre, y todas las Sombras se habían inclinado sobre él, formando un círculo de rostros inofensivos. Un pañuelo, empapado en colonia de lavanda, rozó su nariz, y él sonrió a Vinca, que se había interpuesto, con tonos de oro, pardo rosado y azul cristalino, entre él y las Sombras...

—¡Mi pobre niño!

—¡Ya había dicho yo que no tenía buen color!

—Estábamos charlando los dos solos; él estaba aquí, delante de mí, y de repente, ¡paff!...

—Como todos los chicos de su edad, es incapaz de cuidar de su estómago; los bolsillos repletos de frutas...

—Y los primeros cigarrillos, ¿no los tiene en cuenta?

—¡Mi niño querido...! Tiene los ojos llenos de lágrimas...

—Claro, es la reacción...

—Además, ha pasado todo en treinta segundos, justo el tiempo que he tardado en llamaros. Ya os digo, estaba aquí, estábamos charlando y de pronto...

Phil se levantó, tambaleándose, con las mejillas frías.

—¡No te muevas, hombre!

—Apóyate en mí, muchacho...

Él prefería sujetar la mano de Vinca y sonreía sin expresión.

—Ya estoy bien. Gracias, mamá. Ya estoy bien.

—A lo mejor quieres acostarte...

—No. Prefiero el aire libre...

—¡Mirad la cara de Vinca! ¡Si no se ha muerto tu Phil, mujer! Llévatela, venga. Y, a ser posible, no os alejéis de la terraza.

Las Sombras se perdieron formando un pelotón lento, del cual se alzaban unas manos amigas y palabras de estímulo; todavía brilló una mirada maternal antes de que Philippe se quedase solo con Vinca, que no sonreía. Él intentó animarla haciendo muecas con la boca y una señal tranquilizadora con la cabeza; pero ella respondió con otra señal —«no»—, sin dejar, no obstante, de mirar a Philippe, de observar la palidez que ponía un toque verde a su bronceado, sus ojos negros y humedecidos en los que reflejaba un rayo de sol rojizo, su boca entreabierta, sus dientecillos uniformes... «¡Qué guapo eres! ¡Y qué triste estoy!», decían los ojos azules de Vinca... Pero la piedad no se leía en ellos, y la muchacha le tendió su mano dura de pescadora y tenista como quien cumple un trámite de trabajo.

—Ven —le rogó Philippe en voz baja—. Voy a contarte... no es nada. Pero vamos mejor a un lugar tranquilo.

Ella obedeció; eligieron gravemente, a modo de habitación secreta, un entablamiento de roca, mojado a veces durante las mareas vivas, las cuales traían una arena de granos grandes que se secaba pronto. Los dos estaban convencidos de era imposible confiar un secreto a unas colgaduras de cretona clara, a unas paredes de pino dotadas de una resonancia musical capaz de transmitir, durante la noche, la noticia de que uno de los moradores de la casa daba al interruptor, tosía o dejaba caer una llave. Salvajes a su manera, estos dos niños parisinos sabían escapar del indiscreto hábitat humano y buscaban la seguridad de su idilio y sus dramas en medio de un prado al aire libre, al borde de un área rocosa o en la parte cóncava de una ola.

—Son las cuatro —dijo Philippe consultando el sol—. ¿Quieres que vaya a buscar tu merienda antes de acomodarnos?

—No tengo hambre —replicó Vinca—. ¿Tú si quieres merendar?

—No, gracias. Ese pequeño desmayo me ha quitado el apetito. Siéntate en el fondo, yo estoy mejor cerca del borde.

Empezaron a hablar con sencillez, intuyendo palabras graves o un silencio casi igualmente revelador.

El sol de septiembre espejeaba las piernas lisas y morenas de Vinca, dobladas al borde de su vestido blanco. Debajo de ellos, un oleaje inofensivo, lamido y calmado por la bruma pasajera, danzaba con suavidad y adquiría gradualmente el color del buen tiempo. Gritaron las gaviotas, y un rosario de barcas fue desgranándose, una vela tras otra, saliendo de la sombra del Meinga y alejándose hacia alta mar. Se percibió en la brisa un canto infantil, agudo, tembloroso; Philippe se volvió, sintió un estremecimiento y exhaló una especie de quejido irritado: en lo más alto del acantilado, con un mono azulina y cabellos pelirrojos, un chavalín...

Vinca siguió la mirada de Philippe.

—Sí —dijo ella—, es el chico.

Phil recobró su sangre fría.

—¿Te refieres al chico de la vendedora de pescado?

Vinca sacudió la cabeza:

—El chico —rectificó ella— que ha hablado contigo hace un rato.

—Que ha hablado conmigo...

—El chico que ha venido a informarte de la marcha de la dama.

Philippe aborreció de repente el resplandor del día y la arena sobre la que estaba recostado, y el viento moderado le quemó la mejilla.

—¿De... de qué estás hablando, Vinca?

Ella no se dignó a responder y prosiguió:

—El chico te andaba buscando, se ha encontrado conmigo y me lo ha dicho a mí primero. Además...

Terminó con un gesto fatalista. Phil respiró profundamente, notando una especie de bienestar.

—Ah... Entonces, tú sabías... ¿Qué es lo que sabías?

—Algunas cosas sobre ti... No desde hace mucho. Me enteré de todo lo que sé a la vez, hace... tres o cuatro días; pero ya sospechaba...

Ella se calló, y Philippe percibió bajo sus pupilas azules —en lo alto de las frescas mejillas infantiles de su amiga— el nácar, el surco de lágrimas nocturnas y de insomnio, ese reflejo satinado, color claro de luna, que sólo se ve en los parpados de las mujeres obligadas a sufrir en secreto.

—Bien —dijo Philippe—. Entonces podemos hablar, a menos que tú prefieras lo contrario... Haré como quieras.

Ella reprimió un pequeño movimiento de las comisuras de la boca, pero no lloró.

—No, podemos hablar. Creo que es mejor.

Ambos experimentaron una amarga e idéntica satisfacción al saber que desterraban de su conversación la consabida pelea y la mentira. Es propio de los héroes, de los actores y de los adolescentes sentirse a gusto sobre un estrado. Estos niños esperaban obstinadamente que de su amor naciera un dolor noble.

—Escucha, Vinca, Cuando me encontré por primera vez con...

—No, no —interrumpió Vinca precipitadamente—. Eso no. No te pido eso. Ya lo sé. Allí, al final del camino del fuco. ¿Crees que lo he olvidado?

—Pero —protestó Philippe— de aquel día no había nada que olvidar ni que recordar, porque...

—No sigas, por favor. ¿Crees que te he traído aquí para que hablemos de ella?

Se dio cuenta, por la aspereza sencilla del tono de Vinca, de que sus palabras habían carecido al mismo tiempo de naturalidad y de contrición.

—Vas a hacer la exposición de vuestros amores, ¿verdad? No te molestes. El miércoles pasado, cuando volviste, yo estaba levantada, con la luz apagada... Te vi... como un ladrón... Era ya casi de día. Vaya pintas que traías... Fue entonces cuando inicié mis pesquisas, ¡qué te crees! Sabes de sobra que la gente se entera de todo lo que pasa en la costa. Solamente los padres están en Babia.

Philippe, sorprendido, frunció el ceño. La innata brutalidad femenina, realzada en Vinca por los celos, le ofendía. Al entrar en este refugio colgante se había sentido capaz de una confianza tierna, de derramar lágrimas, de abrir, en fin, su corazón por entero...

Pero no admitió esa furia de tigresa herida, esta rudeza expeditiva que cerraba completamente el paso a sus descripciones pintorescas y jactanciosas, y que sólo conducía a... ¿a qué, en realidad?

«Probablemente ahora estará sintiendo ganas de morir —se dijo—. Ya que un día deseó morir aquí mismo...».

—Vinca, tienes que prometerme...

Ella le prestó oídos, sin mirarle, y todo su cuerpo expresó, con ese ligero movimiento, su postura de ironía e independencia.

—Sí, Vinca... Tienes que prometerme que ni en estas rocas, ni en ningún otro lugar de la tierra, intentarás... intentarás quitarte la vida...

—¿Qué dices? ¿Quitarme... quitarme la vida?

Él puso las manos sobre los hombros de Vinca y meneó la cabeza a la manera de un hombre experimentado:

—Te conozco bien, querida. Sin ningún motivo, te quisiste dejar caer desde aquí mismo hace seis semanas, y ahora...

Mientras él hablaba, las cejas arqueadas de Vinca se mantenían tensas de estupor. Con un giro de hombros se liberó de las manos de Philippe.

—¿Ahora?... ¿Morir?... ¿Por qué?

Él se sonrojó al oír esta última palabra y Vinca interpretó su rubor como una respuesta.

—¿A causa de ella? —exclamó Vinca—. ¡Estás loco!

Phil, abrumado, arrancó un manojo de fina hierba y se sintió de repente cuatro o cinco años más joven.

—¡Siempre se está loco cuando uno pretende saber lo que quiere una mujer, y se imagina que ella sabe lo que quiere!

—Pero yo lo sé, Phil. Lo sé muy bien. ¡Y también lo que no quiero! ¡Puedes estar tranquilo, que no me mataré a causa de esa mujer! Hace seis semanas... Sí, quise dejarme caer y arrastrarte conmigo. Pero ese día yo quería morir por ti y por mí... por mí...

Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, acarició con la voz las últimas palabras y se pareció, con una fidelidad extraña, a todas las mujeres que echan la cabeza hacia atrás y cierran los ojos abrumadas de felicidad. Por primera vez, Philippe reconoció en Vinca a aquella que, con los ojos cerrados y la cabeza abandonada, parecía estar separándose de él en los precisos instantes en que él la tenía al alcance de sus brazos...

—¡Vinca! ¡Vinca, por favor!

Ella abrió los ojos y se enderezó.

—¿Qué?

—¡Eh, no te extasíes! ¡Vaya cara de pasmarote!

—¡Yo no estoy pasmada! Eso es más propio de ti: ¡el frasco de sales, el agua de colonia y los temblores!

De vez en cuando se deslizaba entre ellos, misericordiosa, la ferocidad infantil. Ésta les daba las fuerzas y les prestaba una lucidez anacrónica, para lanzarlos luego a la locura de sus mayores...

—Me voy —dijo Philippe—. Me das mucha pena.

Vinca se rió, con una risa atropellada y desagradable, como cualquier otra mujer herida.

—¡Fantástico! Ahora resulta que eres tú el apenado, ¿no?

—Pues claro que sí.

Ella soltó un grito de pájaro irritado, penetrante, imprevisto, que hizo estremecer a Philippe.

—¿Qué te ocurre?

Se había apoyado sobre las dos manos abiertas, casi a cuatro patas, como un animal. Él la vio repentinamente desenfundada y enrojecida de cólera. La cortina de pelo, partida en dos, tendía a juntarse sobre su cara inclinada, no dejaba ver más que su boca roja y seca, su nariz corta ensanchada por una respiración colérica y los ojos de un azul de llama.

—¡Cállate, Phil! ¡Cállate! ¡Te podría hacer mucho daño! ¡Te quejas, hablas de tu pena, tú, que me has engañado, tú, el embustero, el que me ha abandonado por otra mujer! ¡No tienes ni vergüenza, ni sentido común, ni piedad! ¡Me has traído aquí sólo para contarme, a mí, a mí, lo que has hecho con otra mujer! ¡Di si me equivoco! ¡Vamos dilo!

Ella gritaba, más a gusto en su furor femenino que un petrel en una ráfaga. Volvió a sentarse con violencia; palpando con las manos, encontró un fragmento de roca que lanzó al mar, con una fuerza que confundió a Philippe.

—Cállate, Vinca...

—¡No, no voy a callarme! ¡Primero, estamos totalmente solos y, además, quiero gritar! Creo que hay motivos para gritar, ¿no? Me has traído aquí porque querías contarme con pelos y señales todo lo que has hecho con ella, por el placer de ser oído, de decir ciertas palabras... de hablar de ella, de pronunciar su nombre, ¿eh?, eso es, pronunciar su nombre...

De repente, ella le propinó un puñetazo tan imprevisto y varonil que él estuvo a punto de abalanzarse sobre ella y golpearla a placer. Le contuvieron las palabras que acababa de vociferar Vinca, y su masculina e innata decencia retrocedió ante lo que ella había intuido tan bien y manifestado sin rodeos.

«Piensa, cree que yo sentiría placer en contarle... ¡Oh!, y es Vinca, Vinca quien imagina esas cosas...».

Ella se calló un momento y tosió, colorada hasta el nacimiento de la garganta. Se deslizaron de sus ojos dos pequeñas lágrimas, pero aún estaba lejos de la dulzura y el silencio de las lágrimas.

«Entonces, ¿yo no he sabido nunca lo que ella pensaba? —se dijo Philippe—. Todas sus palabras son tan sorprendentes como esa fuerza que a menudo he observado en ella, cuando nada, cuando salta, cuando arroja alguna piedra...».

Él desconfiaba de los movimientos de Vinca y no le quitaba ojo. El color radiante de su tez, de sus ojos, la precisión de su silueta delgada, el pliegue tenso de su vestido blanco sobre las largas piernas, relegaban a un segundo plano el sufrimiento, casi dulce, que la había llevado a echarse inmóvil sobre la hierba...

Philippe aprovechó la tregua y quiso mostrar su mayor sangre fría.

—Has visto como yo no te he pegado, Vinca. Tus palabras lo merecían más que tu gesto. Pero no he querido pegarte. Habría sido la primera vez que me hubiese dejado llevar por...

—Claro que no —interrumpió ella con una voz ronca—. Pegarás a otra antes que



a mí. ¡Yo no seré la primera en nada!

Esos voraces celos lo calmaron; habría querido reír, pero la vengativa mirada de Vinca le hizo cambiar de opinión. Ambos quedaron silenciosos, vieron el sol descender por detrás del Meinga y una mancha rosa, encorvada como un pétalo, bailar en la cresta de todas las olas.

Los cencerros de las vacas tintinearón en lo alto del acantilado. En el lugar donde el fatídico muchachito había estado cantando hacía un rato apareció una figura cornuda de cabra negra, que se puso a balar.

—Vinca querida... —suspiró Philippe.

Ella le miró con indignación.

—¿Es a mí a quien te atreves a llamar de esa manera?

Él inclinó la cabeza.

—Vinca querida... —suspiró.

Ella se mordió los labios y reunió todas sus fuerzas para contener el empuje de las lágrimas; notó un nudo en la garganta, se le hincharon los ojos, y no se arriesgó a hablar. Philippe, con la nuca apoyada en una roca bordada de una espuma rasa y violácea, contemplaba el mar y tal vez no la veía. Porque estaba cansado, porque hacía buen tiempo, porque el momento, su perfume y su melancolía lo exigían, suspiraba: «Vinca querida...», como si hubiese suspirado: «¡Ah, qué felicidad!»... o bien: «¡Cómo estoy sufriendo!...». Su nuevo dolor exhalaba las palabras más antiguas, las primeras palabras nacidas de sus labios; como el soldado veterano que, al caer en combate, gime el nombre de su madre ya olvidada.

—¡Cállate, malvado, cállate!... ¡Cómo has podido hacerme esto!... ¡Cómo has podido!...

Ella dio libre curso a sus lágrimas, que rodaban si dejar surcos por el terciopelo de sus mejillas. El sol jugaba en sus ojos desbordantes, ensanchando el azul de sus pupilas. En la parte alta el rostro de Vinca resplandecía una amante dolida por todo, y lo bastante magnífica para perdonarlo todo; con boca y barbilla temblorosas, gesticulaba graciosamente una jovencita desolada, un poco cómica.

Sin dejar de apoyarse en la dura almohada, Philippe dirigió hacia ella sus ojos negros, dulcificados por la melodiosidad de su propia llamada. La cólera había hecho que esta muchachita acalorada exhalara un olor de mujer rubia, emparentado con la flor de uña de gata rosa y con el trigo verde aplastado, un olor alegre y mordiente que contemplaba esa idea de vigor que se había formado Philippe a través de todos los gestos de Vinca. Sin embargo, ella lloraba y balbucía: «¡Cómo has podido hacer esto!...». Queriendo contener las lágrimas se mordió una mano, en la que quedó marcado el semicírculo púrpura de sus jóvenes dientes.

—¡Salvaje!... —dijo Philippe a media voz, con la consideración afectuosa que hubiese mostrado a una desconocida.

—Más de lo que tú crees... —añadió ella en el mismo tono.

—¡Pero no me lo digas! —exclamó Philippe—. ¡Incluso tus más insignificantes

palabras parecen una amenaza!

—Antes habrías dicho que parecen una promesa.

—¡Es lo mismo! —protestó él con vehemencia.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Él mordisqueó una brizna de hierba, decidido a ser prudente; además, era incapaz de precisar con palabras las vagas reivindicaciones de libertad mental, de derecho a la mentira relajante y cortés, que fomentaban en él su edad y su primera aventura.

—Me pregunto cómo me tragarás luego, más adelante, Phil...

Parecía consternada y vacía de argumentos. Pero Philippe sabía que podía volver a encabritarse y recobrar mágicamente toda su fuerza.

—No te lo preguntes —le rogó Phil escuetamente.

«Más adelante... más adelante... ¡Ya quiere hipotecar el porvenir! ¡Tiene suerte de poder pensar en el color del porvenir en este momento! No es ella, sino su necesidad de dejar los cabos bien atados la que habla... Ella está bien lejos de sentir deseos de morir...».

En su egoísmo, Phil se negaba a reconocer la misión de durar, encomendada a todas las especies femeninas, y el augusto instinto de instalarse en la desgracia, explotándola como una mina de materiales preciosos. Influidado, además, por la hora avanzada del día y por el cansancio, no pudo resistir más a esa niña combativa, que luchaba de manera primitiva por salvar del naufragio a su pareja. Se sustrajo con el pensamiento a su presencia y se lanzó tras un coche que rodaba sobre una nube horizontal de polvo; se asomó, como un mendigo, a la ventanilla del coche en que iba apoyada una cabeza adormecida bajo un turbante de velos blancos... Revivió todos los detalles; las pestañas pintadas de negro, la señal negra al lado del labio, los orificios nasales palpitantes y apretados; rasgos todos ellos que siempre había contemplado desde muy cerca, ¡ah!, desde tan cerca... Desorientado y asustado se levantó, atemorizado ante el posible sufrimiento y sorprendido por haber dejado de sufrir mientras charlaba con Vinca...

—¡Vinca!

—¿Qué te pasa?

—Creo... creo que no me encuentro bien...

Un brazo irresistible agarró el suyo y le obligó a tumbarse en la parte más segura del nido escarpado, pues estaba tambaleándose cerca del borde. Tan abatido como estaba, no pudo sacar fuerzas de sí mismo y dijo tan sólo:

—Creo que lo más sencillo sería eso...

—Vamos, no digas tonterías.

Ella no intentó convencerlo con palabras de lo absurdo de su trivial desesperación. Recostó contra ella el cuerpo del muchacho debilitado y apretó la cabeza morena en su pecho, redondeado por un poco de carne suave, totalmente nueva. Philippe se abandonó a una relajada y reciente costumbre de pasividad,

adquirida en medio de brazos melosos; así buscó, con una amargura apenas soportable, el perfume resinoso, el cuerpo accesible, al tiempo que gemía exangüe el nombre de «Vinca querida, Vinca querida...».

Ella aceptó acunarle a ese ritmo que imprimen, con los brazos cerrados y las rodillas juntas, todas las criaturas femeninas en todo el mundo. Lo maldecía por estar tan apenado y tan mimado. Le habría gustado que perdiera la razón y olvidase, en el delirio, un nombre de mujer. Ella lo regañaba para sus adentros: «Pero ¿por quién me has tomado? Ya verás de qué soy capaz...», a la vez que le retiraba de la frente un pelo negro, cual una grieta fina en medio de un mármol. Saboreó el peso, el contacto nuevo de un cuerpo de hombre joven al que ayer todavía llevaba, riendo y corriendo, a horcajadas sobre sus espaldas. Cuando Philippe, entreabriendo los ojos, buscó su mirada suplicándole que le devolviera lo que había perdido, ella golpeó con su mano libre la arena más próxima y exclamó desde lo más profundo de su ser: «¡Ah! ¡Por qué habrás nacido!», como la heroína de un drama intemporal.

Entretanto, vigilaba con ojo atento las inmediaciones de la villa lejana; medía el tiempo, a la marinera, por la situación del sol: «son más de las seis»; advirtió los movimientos, entre la playa y la casa, de Lisette, semejante a una paloma blanca con vestido revoloteador. «No debemos quedarnos aquí más de un cuarto de hora —pensó—; de lo contrario, vendrán a buscarnos. Tengo que lavarme bien los ojos...», después de lo cual volvió a enfrentarse, en cuerpo y alma, al amor, los celos, el furor lento en calmarse y los refugios mentales, tan rudos y originales como el nido de la roca...

—Levántate —dijo con voz queda.

Philippe se quejó y se hizo el remolón. Ella intuyó que estaba recurriendo a las quejas y la inercia para esquivar los reproches y las preguntas. Sus brazos, hacía un instante casi maternos, zarandearon su nuca doblada, su torso caliente, y su fardo, nuevamente libre, volvió a ser el muchacho embustero, desconocido, extraño y capaz de traicionarla al que unas manos de mujer habían moldeado y cambiado...

«Atarlo, como a la cabra negra, con dos metros de cuerda... Encerrarlo en una habitación, en mi habitación... Vivir en un país donde no haya más mujer que yo... O que yo fuese tan bella, tan bella... O bien que él estuviera enfermo de verdad y yo le cuidase...».

Las sombras móviles de sus pensamientos se sucedían atropelladamente.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Philippe.

Ella contempló, desengañada, los rasgos que más adelante serían quizá los de un hombre pasablemente apuesto, pero que los diecisiete años —para los que aún faltaban unos meses— mantenían aún lejos de la virilidad. Se extrañó de que aquella barbilla suave y la nariz regular, hecha para expresar la cólera, no hubiesen quedado marcadas por algún estigma horroroso y revelador. «Pero esos ojos oscuros, tan dulces, y su palidez blanca y azul, ¡ah!, cómo se nota que una mujer se ha mirado en ellos...». Movié la cabeza.

—¿Qué voy a hacer? Ir a cenar. Y tú también.

—¿Eso es todo?

Ella se puso de pie y se estiró el vestido bajo el elástico cinturón de seda, mientras vigilaba diligentemente a Philippe, la casa y el mar que, adormecido, se negaba, ya gris y frío, a participar del brillo del sol poniente.

—Eso es todo... a no ser que tú hagas algo.

—¿A qué llamas tú algo?

—Pues... a marcharte, a ir en busca de esa dama... A decidir que es a ella a quien amas... Hacerlo saber a tus padres...

Dijo todo esto con un tono duro y pueril, tirando maquinalmente de su vestido como si quisiera aplastar sus pechos.

«Tiene los pechos en forma de conchas de lapas..., o, mejor dicho, en forma de montañitas cónicas, como las que aparecen en las pinturas japonesas...».

Se ruborizó al oírse pronunciar la palabra «pechos», y se acusó de haberle faltado al respeto.

—Ya no cometeré ninguna de esas tonterías, Vinca —dijo precipitadamente—. Pero me gustaría saber lo que harías si yo fuese capaz de todo eso o solamente de la mitad.

Ella abrió los ojos como platos, más azules por haber llorado, nada consiguió Philippe leer en ellos.

—¿Yo? Seguiría haciendo la misma vida.

Mentía y le desafiaba; pero bajo esa mirada embustera él veía y palpaba la tenacidad, la constancia sin reposo ni escrúpulos que preserva a la amante, y la mantiene unida a su amado y a la vida, desde el momento mismo en que acaba de descubrir a una rival.

—Te muestras más sensata de lo que en realidad eres.

—Y tú más literario. ¿No has creído acaso, hace un momento, que yo deseaba morir? ¡Morir por una aventura del señorito!

Estas palabras las pronunció señalándole con la mano abierta, como hacen los niños que se pelean.

—Una aventura... —repitió Philippe, herido y halagado a la vez—. ¡Oiga, señorita! Todos los chicos de mi edad...

—Por lo visto tendré que hacerme a la idea —interrumpió Vinca— de que no eres más que «un chico más de tu edad».

—Vinca querida, sabes bien que una chica joven no puede hablar, no debe oír...

Bajó los ojos, se mordió un labio con aire de suficiencia y añadió:

—Puedes creerme.

Ofreció la mano a Vinca para ayudarla a saltar por encima de los largos bancos esquitosos colocados a la entrada de su refugio y luego de las bajas matas de aligas que los separaban del sendero de la aduana. A unos trescientos metros de allí, en el prado de mar, Lisette, de blanco, giraba como un albolol blanco y les decía con sus

bracillos morenos, a modo de telégrafo: «¡Venga! ¡Os habéis retrasado!». Vinca levantó los brazos y respondió, pero se dirigió una vez más a Philippe antes de empezar a bajar.

—Phil, precisamente me ocurre todo lo contrario: no puedo creerte. Si no, toda nuestra existencia, hasta hoy, no habría sido más que una de esas historietas insulsas que hay en los libros que no nos gustan. Me dices: «Un chico... una chica...», refiriéndote a nosotros. Dices: «Una aventura como la tienen todos los muchachos de mi edad...». Pero ¿no te das cuenta, Phil, de que es tuya la culpa? ¿Ves?, estoy hablándote tranquilamente...

Él la escuchaba un poco impaciente y perplejo, pues, en ese mismo instante, estaba buscando los tizones y espinas de su gran pena, que se habían esparcido y que no conseguía reunir. El extremo apuro de Vinca, visible a pesar de su esfuerzo por aparentar lo contrario, los dispersaba aún más, estaba soplando con una brusquedad malévola...

—¡Bueno, y qué más da!

—Repito, Phil, que la culpa es tuya porque era a mí a quien se lo tenías que haber pedido...

Él estaba vacío de deseos, cansado, con ganas de estar solo y, sin embargo, lleno de angustia ante el umbral de una larga noche. Ella esperaba un grito, una muestra de indignación, o la turbación impura. Philippe la midió de la cabeza a los pies, con el ceño fruncido, y dijo:

—¡Pobre pequeña!... «Pedirte». De acuerdo. ¿Y tú darme qué?

Vio como ella se enfadaba y enmudecía. Un reguero púrpura de sangre subió a sus mejillas y luego bajó hasta su garganta morena. Le echó una mano por encima del hombro y caminó apretado a ella por el sendero.

—¿Te das cuenta, Vinca, de las bobadas que dices? Bobadas de una jovencita ignorante, ¡a Dios gracias!

—Dale gracias a otra cosa, Phil. ¿Crees que no sé tanto como la primera mujer que él creó?

Ella no se apartaba de él; le miraba de reojo, sin volver la cabeza; después echaba un vistazo al difícil camino para mirar de nuevo a Philippe, que había fijado su atención en ese ángulo del ojo de Vinca al que el movimiento de la pupila tornaba alternativamente azul pervinca y blanco como el interior nacarado de una concha.

—Dime, Phil. ¿No crees que yo sé tanto como...?

—¡Calla, Vinca! Tú no sabes nada. No sabes nada.

Él la obligó a detenerse en la curva del sendero. No quedaba ningún rastro del azul en el mar, fundido como estaba en un metal sólido y gris, casi sin pliegues; el sol apagado había dejado en el horizonte la larga huella de un rojo triste, por encima de la cual reinaba una zona pálida, verde, más clara que la aurora, donde se bañaba la estrella tempranera. Philippe hizo presión con un brazo sobre la espalda de Vinca y extendió el otro hacia el mar.

—¡Calla, Vinca! Tú no sabes nada. Es... un secreto tan... tan grande.

—Yo soy grande.

—No, no comprendes lo que quiero decirte...

—Sí, muy bien. Te pasa como al chico de los Jallon, que hace de monaguillo los domingos. Para darse importancia dice: «¿EL latín?... ¡El latín es muy difícil, sabe usted!», pero él no sabe latín.

Se echó a reír, con la cabeza levantada; a Philippe no le hizo gracia que pasase en tan poco tiempo y con tanta naturalidad, del drama a la risa, y de la consternación a la ironía. Quizá porque ya estaba cayendo la noche, comenzaba a reclamar una calma labrada de fuego voluptuoso, un silencio durante el cual la sangre, susurrando al oído, imita a la lluvia apresurada; él aspiraba al temor, al yugo casi mudo y lleno de peligros, que lo había doblegado en un umbral que otros adolescentes franquean titubeando y blasfemando.

—Vamos, cállate. No seas malvada y grosera. Cuando sepas...

—Pues no deseo otra cosa que saber...

Hablaba con voz falsa y se reía con una risa de comediante torpe, con el fin de ocultar que toda ella tiritaba y estaba tan triste como esas niñas desdeñadas que, exponiéndose a grandes peligros, buscan situaciones cada vez más dolorosas hasta que logran por fin la recompensa...

—¡Te lo ruego, Vinca! Me das una pena... Te va tan poco esa manera de hablar.

Phil retiró la mano del hombro de Vinca y aceleró el paso. Ella le seguía, saltando, cuando el sendero se estrechaba, por encima de los matojos y los pinchos, impregnados ya de rocío; iba preparándose para enfrentarse con las Sombras; pero antes dijo a media voz a Phil:

—¿Me va tan poco?... ¿Me va tan poco?... Pues ahí tienes una cosa que ignorar por completo, Phil, tú que sabes tantas cosas...

Ambos se sentaron a la mesa dignos de sí mismos y de sus secretos. Philippe se rió de sus «vapores», exigió mimos, llamó la atención sobre sí porque temía que se dieran cuenta de los ojos brillantes, rodeados de un cerco rosa apagado, que Vinca cobijaba bajo la manta sedosa y cortada en espesa franja sobre sus cejas. Vinca, por su parte, hacía niñerías; pidió champán desde la sopa: «¡Es para animar a Phil, mamá!», y bebió su copa de Pomery sin respirar.

—¡Vinca! —le reprendió una Sombra...

—Déjala —dijo otra sombra indulgente—, ¿qué daño le puede hacer?

Al final de la cena, Vinca vio como la mirada de Philippe buscaba, sobre el mar nocturno, el Meinga invisible, la carretera blanca fundida en la noche, los enebros petrificados bajo el polvo de la carretera...

—¡Lisette! —gritó—, pellizca a Philippe, que se está durmiendo.

—¡Me ha pellizcado con saña! —se quejó Philippe—. ¡So bicho! ¡Ha hecho que me salten las lágrimas!

Vinca se reía mientras él se frotaba el brazo bajo la chaqueta de franela blanca;

pero distinguía en las mejillas de ella, en sus ojos, la llama del vino espumoso y una especie de locura prudente, que fue muy de su agrado.

Algo más tarde, una sirena gimió a lo lejos, sobre el oleaje negro, y una de las Sombras dejó de mover, en la mesa de juego, el vientre punteado de las fichas de dominó.

—Niebla en el mar...

—Pues el faro de Granville se veía perfectamente hace un rato —dijo otra Sombra.

Pero el sonido de la sirena había evocado la bocina bramadora de un automóvil que se alejaba por la carretera, y Philippe dio un brinco sobre su silla.

—¡Ya le vuelve otra vez! —bromeó Vinca.

Hábil como era para disimular, ella había vuelto la espalda a las Sombras, y su mirada seguía a Philippe como una lamentación...

—No, no me pasa nada —dijo Philippe—. Pero no puedo más, así que pido permiso para ir a acostarme... Buenas noches mamá, buenas noches padre... Buenas noches, *madame* Ferret... Buenas noches...

—Esta noche te exigimos la oración, hijo mío.

—¿Y si te subimos una taza de camomila ligera?

—¡No te olvides de abrir la ventana grande!

—Vinca, ¿has llevado a su habitación tu frasco de sales?

Las voces de las Sombras amigas le siguieron hasta la puerta, a modo de guirnalda tutelar, algo mustia, de suave e insulso perfume a hojas secas. Phil intercambió con Vinca el beso cotidiano —siempre en la mejilla ofrecida y que a veces se deslizaba hacia la oreja, el cuello o la comisura vellosa de la boca—. Luego se cerró la puerta, la guirnalda protectora se deshizo y Phil se encontró solo.

Entró deprimido en su habitación, abierta de par en par a la noche sin luna. De pie, bajo la bombilla encerrada en muselina amarilla, respiró, hostil y delicado, el olor que Vinca calificaba de «olor a chico»: libros clásicos, la maleta de cuero ya preparada para pasado mañana, betún para zapatos de caucho, jabón fino y alcohol perfumado.

No le dolía nada en concreto. Le embargaba ese sentimiento de exilio y fatiga total cuyo único remedio es la inconsciencia. Se acostó rápidamente, apagó la lámpara y buscó instintivamente el sitio, junto a la pared, donde sus penas de muchacho y sus fiebres de crecimiento habían encontrado la protección de la noche y el cobijo de la sábana recién bordada, del papel de flores contra el que iban a romper los sueños traídos por la luna llena, las mareas vivas o las tormentas de julio. Se durmió en seguida, pero para ser asaltado por las pesadillas más intolerantes, precisas y tradicionales. Lo mismo aparecía Camille Dalleray con el rostro de Vinca que Vinca, autoritaria, se le imponía con una frialdad impura y prestidigitadora. Pero ni Camille Dalleray ni Vinca querían percatarse de que Philippe no era más que un muchacho tierno, necesitado tan sólo de un hombro sobre el que reposar su cabeza,

un niño de diez años...

Se despertó, vio que su reloj marcaba las doce menos cuarto y que su estéril noche se iba a consumir, febril, en medio de una casa dormida; se puso las sandalias, se ciñó el cordón del albornoz y bajó.

La luna, en cuarto creciente, rozaba el acantilado. Curva y rojiza, no vertía luz sobre el paisaje, y el faro giratorio de Granville, con su luz alternativamente roja y verde, parecía apagarla. Pero, gracias a la luna, la noche no sumergía las masas de vegetación y el blanqueado de la casa daba sensación de ser ligeramente fosforescente. Philippe dejó abierta la puerta de cristal y entró en esa noche suave como en un refugio seguro y triste. Se sentó sobre el piso de la terraza, refractario a la humedad, tornado macizo y compacto por dieciséis años de vacaciones, de donde Lisette desenterraba a veces con su pala, antiguo y oxidado, el resto de algún juguete sepultado diez, doce, quince años antes...

Se sentía desconsolado, clarividente, apartado de todos.

«Tal vez hacerse hombre no sea más que esto», pensó. La inconsciente necesidad de dedicar a alguien su tristeza y su sabiduría lo atormentaba vanamente, como a todas las buenas personas ateas a quienes la educación laica no les ha suministrado un Dios espectador.

—¿Eres tú, Phil?

La voz cayó sobre él como una hoja mecida por el viento. Se levantó y se dirigió sin hacer ruido hacia la ventana con balcón de madera.

—Sí —chistó él—. Así que no estabas durmiendo...

—Claro que no. Ahora bajo.

Se reunió con él sin que éste la oyera. Sólo vio llegar un rostro claro, que coronaba una silueta confundida con la tonalidad misma de la noche.

—Vas a coger frío.

—No. Me he puesto el kimono azul. Además, hace buena noche. Vamos a otro sitio.

—¿Por qué no dormías?

—No tenía sueño. Estaba pensando. Venga, vámonos de aquí. Si no, despertaremos a alguien.

—No quiero que bajes a la playa a estas horas; te resfriarías.

—No suelo resfriarme. Pero no estaba pensando en la playa. Podemos más bien ir hacia arriba.

Hablaba con una voz imperceptible; sin embargo, a Philippe no se le escapó ni una palabra. La ausencia de timbre le causaba un placer infinito. No era la voz de Vinca, no era la voz de ninguna mujer. Tan sólo una pequeña presencia casi invisible con un tono familiar, una pequeña presencia sin acrimonia, sin otro propósito que pasear tranquilamente.

Él tropezó contra un obstáculo, y Vinca lo sujetó con la mano.

—Son macetas de geranios; ¿no las ves?



—No.

—Yo tampoco. Las veo como los ciegos, sé que están ahí... Ten cuidado; al lado debe de haber una jardinera.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé que está ahí. Haría un ruido como el de una pala de carbón... ¡Bum!... ¿Qué te decía?

Este cuchicheo malicioso encantaba a Philippe. Sintió ganas de llorar de bienestar y de placer al encontrar a una Vinca tan dulce, tan parecida en la oscuridad a la Vinca de antaño, a la Vinca de doce años, a la que solía asomar en la arena mojada, donde bailaba la luna sobre el vientre de los peces, cuando iban a pescar a medianoche...

—¿Recuerdas, Vinca, la noche en que pescamos, ya pasadas las doce, aquella enorme acedía...?

—Y tu bronquitis. Por su culpa nos prohibieron pescar de noche. ¡Escucha!... ¿Has cerrado la puerta de cristal?

—No...

—¿No ves que se está levantando viento y va a golpear la puerta? ¡Ah!, si yo no pensaré en todo...

Vinca desapareció y regresó como un silfo, sobre los pies tan ligeros que Phil adivinó su llegada por el perfume que traía el viento delante de ella...

—¡Qué olor despides, Vinca! ¡Cómo te has perfumado!

Habla más bajo. Tenía calor; me he dado una friega antes de bajar.

Él no contestó nada, pero su atención vigilante tomó nota de como Vinca, en efecto, pensaba en todo.

—Pasa Phil, yo sujeto la puerta. Ten cuidado y no pises los tomates.

El incienso hortense que subía de la tierra trabajada hacía olvidar la proximidad del mar. Philippe notó en sus piernas desnudas el roce de una baja muralla de tomillo compacto y tropezó, igualmente, con los hocicos de terciopelo de los dragones.

—¿Sabes, Vinca, que en el huerto no se oyen los ruidos de la casa a causa de la valla de madera?

—Pero si no hay ruido en la casa, Phil. Y nosotros no estamos haciendo nada malo.

Ella acababa de recoger una pera caída, madura antes de tiempo y roída por un gusano.

Él oyó cómo mordía la fruta y después la tiraba.

—¿Qué haces? ¿Estás comiendo?

—Es una de esas peras amarillas. Pero no estaba buena todavía y por eso no te he dado.

Esta libertad de espíritu no disipó totalmente la vaga desconfianza de Philippe. Notaba a Vinca demasiado dulce, ligera y serena como un espíritu, y se le antojó de pronto esa alegría extraña como una escapada de la tumba, como esa amabilidad bobalicona que tintinea en la risa de las religiosas. «Me gustaría ver su cara», se dijo.

Y tembló al imaginar que su voz sin timbre y sus palabras de niña juguetona pudieran salir de la cara convulsa y chispeante de cólera que se había enfrentado a la suya en el nido de rocas...

—Oye, Vinca... Vamos a volver.

—Si quieres. Espera un momento todavía. Concédeme un momento. Estoy tan bien. ¿Y tú? Estamos bien. ¡Qué fácil es vivir de noche! Pero no en las habitaciones. Detesto mi habitación desde hace algunos días. Aquí no tengo miedo... ¡Una luciérnaga! ¡En estas fechas! No debemos cogerla... ¡Tonto! ¿Por qué te sobresaltas? Es un gato que acaba de pasar, hombre. Por la noche los gatos cazan a los turones...

Él distinguió una sonrisita, y el brazo de Vinca le estrechó por la cintura. Prestó oídos a todos los hábitos, a todos los crujidos, seducido, a pesar de la inquietud, por ese susurro matizado que no cesaba. Lejos de temer a la oscuridad, Vinca se movía en ella como en un país amigo y conocido; daba explicaciones a Philippe, le hacía los honores de la medianoche y lo guiaba como si fuese un invitado ciego.

—Vinca querida, vuelve...

Ella soltó un ligero «oh» de sapo.

—¡Me has llamado Vinca querida! ¡Ah! ¡Por qué no será siempre de noche! En este momento, tú no eres el mismo que me ha engañado y yo no soy la misma que ha sentido tanta pena... ¡Ah! Phil, vamos a esperar unos minutos más, déjame estar un poco contenta, un poco enamorada y segura de ti como lo estaba en mis sueños. Phil... Phil... tú no me conoces.

—Puede que no, Vinca querida...

Tropezaron con algo parecido a heno duro, que crujió.

—Es el trigo sarraceno trillado —dijo Vinca—. Lo han estado trillando hoy con el mayal.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No oíste el golpeteo de los dos mayales mientras estábamos discutiendo? Yo sí lo oí. Siéntate, Phil.

«Ella lo oyó... Estaba fuera de sí, me dio un bofetón en la cara, me dijo una serie de palabras incoherentes, pero estaba oyendo el golpeteo de los mayales...».

Involuntariamente, ante esta vigilancia de todos los sentidos femeninos, le asaltó el recuerdo de otra habilidad femenina...

—¡No te vayas, Phil! No te he dicho nada desagradable; no he llorado ni te he censurado...

La redonda cabeza de Vinca, sus cabellos sedosos e iguales rodearon el hombro de Philippe, y el calor de una mejilla calentó la suya.

—Bésame, Phil, por favor, por favor...

La besó, mezclando a su propio placer la gracia perversa de la primera juventud, que sólo aspira a colmar sus propios deseos, y el recuerdo demasiado preciso de otro beso, que le habían dado sin él pedirlo. Pero notó perfectamente sobre sus labios la forma precisa de la boca de Vinca, el gusto que conservaba de la fruta mordida hacía

un rato, el apresuramiento de esta boca para abrirse, para descubrir y prodigar su secreto —y se tambaleó en la oscuridad—. «Supongo —pensó— que estamos perdidos. Perdámonos en seguida, porque tiene que ser así, porque ella no querrá, nunca, que sea de otra manera... Dios mío, la boca de Vinca es inevitablemente profunda, y sabía desde el primer roce... ¡Oh! Perdámonos cuanto antes...».

Pero la posesión es un milagro laborioso. Philippe no conseguía apartar el brazo de Vinca que aprisionaba su nuca. Sacudió la cabeza para soltarse, pero Vinca, creyendo que él quería terminar el beso, lo estrechó con más fuerza. Él logró agarrarla, por fin, por la muñeca —colocada cerca de su oreja— y tumbó a Vinca sobre el lecho de sarraceno. Ella gimió brevemente y dejó de moverse; pero, cuando él se inclinó, avergonzado, sobre Vinca, ésta lo sujetó de nuevo y lo estrechó contra su cuerpo. Allí tuvieron una tregua encantadora y casi fraternal, en la que cada cual mostró al otro un poco de piedad, y la afabilidad y discreción propia de los amantes experimentados. Philippe aguantaba con un brazo a una Vinca invisible, echada boca arriba, mientras que con la otra palpaba ligeramente su piel, cuya suavidad conocía perfectamente, como también conocía de memoria todas sus señales, escritas en relieve por alguna espina o algún saliente de roca. Ella intentó reír un instante, a la vez que suplicaba con voz muy baja:

—Deja mis rasguños... Qué dulce resulta así el sarraceno desgranado...

Pero él notó que le temblaba la voz; también él estaba temblando. Sin embargo, no dejaba de volver sobre lo que menos conocía de ella: su boca. Mientras tomaban aliento, decidió levantarse de un brinco y regresar a la casa, corriendo. Pero, al separarse de Vinca, tuvo una crisis de despojamiento físico, y sintió un horror tal ante el aire fresco y los brazos vacíos que volvió a ella precipitadamente, con un impulso que ella imitó e hizo que se mezclasen sus rodillas. Él tuvo entonces la fuerza suficiente para llamarla «Vinca querida» con un acento humilde con el que le suplicaba que aceptara y olvidase al mismo tiempo lo que intentaba obtener de ella. Vinca comprendió y no manifestó más que un mutismo exasperado, excesivo quizá, un apresuramiento que le produjo dolor. Philippe oyó un breve quejido de rebelión, aguantó un par de patadas involuntarias, pero el cuerpo al que él estaba haciendo daño no se le hurtó, rehusando toda clemencia.

## Capítulo 17

Phil durmió poco, pero profundamente, y se levantó con la impresión de que toda la casa estaba vacía. Pero allí abajo estaba el guarda y su perro taciturno, sus trastos de pesca, y, en el primer piso, se oyó la tos cotidiana de su padre. Se escondió entre el seto de huseras y la pared de la terraza y espió la ventana de Vinca. Vio cómo se esfumaba en el cielo un grupo de nubes, hostigadas por una brisa activa. Volvió la cabeza y percibió las velas recostadas sobre un oleaje breve y duro. Dormían aún todas las ventanas de la casa.

«Y ella, ¿estará durmiendo? Dicen que todas lloran después. Quizá Vinca está llorando ahora. Y es ahora cuando debería descansar entre mis brazos, como hacíamos en la arena. Yo le diría entonces: No es verdad. No ha pasado nada. Tú eres mi Vinca de siempre. No me has dado ese placer, que no fue un gran placer. Nada es verdad, ni siquiera ese suspiro o ese canto suspendido nada más empezar que te han tornado de pronto pesada y larga como una muerta en mis brazos. Nada es verdad. Si esta tarde yo desapareciera por lo alto del camino blanco, en dirección a *Ker-Anna*, y si regresara sólo antes de la aurora de la mañana, me escondería tan bien que tú no te enterarías... Vamos a pasear por la costa, y llevemos a Lisette».

No imaginaba él que un placer mal dado y mal recibido es una obra perfeccionable. La nobleza de la juventud lo arrastra solamente a salvar aquello que no había que dejar perecer: quince años de vida mágica, de ternura única, sus quince años de gemelos enamorados y puros.

«Le diré: Sabes de sobra que nuestro amor, el amor de Phil-y-Vinca, no se acaba ahí, en ese lecho de sarraceno trillado, lleno de estiércol. Como no se acaba en la cama de tu habitación, o en la mía. Es seguro que no. ¡Créeme! Si una mujer que no conocía me ha dado esta alegría tan grave, que aún palpita en mí, lejos de ella, como el corazón arrancado y depositado lejos de la anguila, ¿qué no hará por nosotros nuestro amor? Estoy segurísimo... Pero, si me confundiera, tú no debes saber que me confundo...».

«Le diré: Ha sido un sueño prematuro, un delirio, un suplicio durante el cual mordías tu mano, mi pobre compañera, auxiliar valerosa de mi cruel tarea. Para ti ha sido un sueño quizás horroroso; para mí, una humillación peor, una voluptuosidad menos buena que las sorpresas de la soledad. Pero no se ha perdido nada, si tú olvidas y si yo mismo borro un recuerdo misericordiosamente cubierto ya por la noche... No, no he apretado tus flexibles costados entre mis rodillas; pero súbeme a caballo y corramos por la arena...».

Cuando oyó deslizarse las cortinas por la varilla, se armó de valor y consiguió no volver la cabeza...

Vinca apareció, entre las contraventanas que había plegado contra la pared. Parpadeó con fuerza varias veces y miró de frente con una fijeza pasiva. Luego hundió las manos en la espesura de sus cabellos despeinados, buscando

probablemente a Philippe. Ya totalmente despierta, cogió de la habitación un pichel de barro barnizado, y regó cuidadosamente una fucsia púrpura que adornaba el balcón de madera. Consultó el cielo fresco y azul, que prometía buen tiempo, y se puso a cantar una canción que solía entonar todos los días. Entre las huseras, Philippe seguía espiando como un hombre que estuviese tramando un atentado.

«Está cantando... Debo creer a mis ojos y a mis oídos, está cantando. Y acaba de regar la fucsia».

No se le ocurrió que esta aparición, tan conforme a sus más recientes votos, debería haberle infundido la alegría perdida. Se empeñó en seguir afligido y, demasiado novato para el análisis, le dio por comparar:

«Una noche vine a buscar la calma debajo de esa ventana, porque una fulminante revelación acababa de interponerse entre mi infancia y mi vida presente. Ella, sin embargo, está cantando...».

El azul de los ojos de Vinca competía con el azul de mar de la mañana. Se peinaba el pelo mientras volvía a entonar, con la boca cerrada y una vaga sonrisa, su cancioncilla...

«Canta. Estará bonita en el desayuno. Y gritará: "¡Lisette, pellízcale hasta hacerle sangre!". No parece haberle hecho ni mucho bien ni mucho mal... ahí está, indemne...».

Vinca, inclinada, aplastaba su garganta contra la barbilla de madera mirando hacia la habitación de Philippe.

«Si yo apareciera en la ventana contigua y saltase la barandilla para reunirme con ella, seguro que me echaría los brazos al cuello...».

«Oh, tú, a quien he llamado "mi amo", ¿por qué me has parecido a veces más hechizada que esta muchachita nueva, con su aspecto tan natural? Te has marchado sin habérmelo dicho todo. Si sólo te ha traído hacia mí tu orgullo de donante, estoy seguro de que, en este momento, sentirías lástima de mí por primera vez...».

De la ventana vacía venían unos sonos débiles y felices que lo emocionaron. Tampoco pensó que, unas semanas después, la niña que cantaba podía estar llorando, angustiada, condenada, en esa misma ventana. Reclinó la cabeza en los brazos y consideró su propia pequeñez, su caída, su benevolencia. «Ni héroe ni verdugo... Un poco de dolor y un poco de placer. Es lo único que le he dado... Lo único...».



COLETTE, seudónimo de la novelista francesa Sidonie Gabrielle Claudine Colette (1873-1954).

Hija de un militar, a los 20 años se trasladó a París con su marido, el novelista Henry Gauthier-Villars, que se había hecho popular con el seudónimo de Willy. Su marido, en beneficio propio, la alentó a escribir la «serie Claudine», que más tarde se hizo famosa y comprende novelas como *Claudina en la escuela* (1900) y *Claudine à Paris* (1901), *Claudina en su casa* (1902) y finalmente *Claudina desaparece* (1903). Pero fue con *Diálogos de animales* (1904) comenzó verdaderamente la carrera de escritora de Colette.

Después de 13 años de desdicha doméstica, se separó de su marido en 1906 y llevó una vida bastante agitada que provocó escándalo. Bailó desnuda en el Moulin Rouge, mantuvo relaciones con la hija de un duque y también con Auguste Hériot, al mismo tiempo que escribía, daba conferencias y actuaba en teatro. Finalmente, ganó fama literaria con *Renée* (1910).

En 1912 se casó con Henry de Jouvenel, de quien tuvo una hija.

En 1913 apareció *El obstáculo* y en 1916 *La Paix chez les bêtes*, pero gran parte de su actividad estuvo consagrada a artículos y crónicas periodísticas. A partir de 1917, trabajó en textos en los que se mezclaban relato y teatro: *Mitsou ou Comment lesprit vient aux filles* (1919) y *Chéri* (1920), novela consagrada al amor entre un adolescente y una vieja cortesana, que consolidó su prestigio. La temática de iniciación al amor fue retomada en *El trigo en ciernes* (1923). Siguió *Al rayar el*

*día* (1928), *La casa de Claudina* (1930) y *Sido* (1930), así como varios relatos intimistas. Hacia el año 1927 sus obras eran elogiadas por autores tan famosos y diversos como Marcel Proust, André Gide y Paul Claudel. De sus novelas (la mayor parte de las cuales reflejan de un modo apasionado, realista y sardónico los problemas de una mujer enamorada) la más conocida es *Gigi* (1945), adaptada al teatro. Su última obra fue *En pays connu* (1950).

En 1953 fue ascendida a gran oficial en la Legión de Honor, grado que sólo otra mujer había logrado antes que ella.